

*Leopold
von*
Sacher-Masoch
*Escritos
autobiográficos*

MALDOROR




Leopold von Sacher–Masoch

**ESCRITOS
AUTOBIOGRÁFICOS**

Traducción:

Jorge SEGOVIA y Violetta BECK

MALDOROR ediciones



La reproducción total o parcial de este libro, no autorizada
por los editores, viola derechos de copyright.
Cualquier utilización debe ser previamente solicitada.

Título de la edición en lengua francesa:
Écrits autobiographiques

Primera edición: 2005
© Maldoror ediciones
© Traducción: Jorge Segovia y Violetta Beck

Depósito legal: VG-843-2005
ISBN: 84-933639-8-7

MALDOROR ediciones, 2005
maldoror_ediciones@hotmail.com



*ESCRITOS
AUTOBIOGRÁFICOS*



I

RECUERDOS

HULDA VON SACHER-MASOCH: RECUERDOS DE SACHER MASOCH

¡“Recuerdos”! Qué poco tiempo me ha sido concedido para vivir con él, en su proximidad, una vida tan rica de aventuras. Murió a los sesenta años, y, de esos sesenta años, sólo he podido pasar trece a su lado. Sacher Masoch me decía con frecuencia: “Sólo lamento una cosa, y es no haberte encontrado antes. Todo hubiera sido muy diferente”. Un día que estábamos sentados aquí, en esta alameda, en la beatífica tranquilidad del campo, lejos del bullicio de la ciudad, sin que nos alcanzara ningún ruido turbador, donde sólo se dejaba oír el susurro de los viejos árboles del parque en torno a nosotros y sobre la antigua Torre de las brujas casi en ruinas, ese día, entonces, fue cuando comenzó a hablarme de su pasado, y, poco después, de su infancia; me contó como tras siete largos años de espera, había sido el primer hijo de su padre, comandante de la ciudad de Lemberg, el caballero Leopold von Sacher. Había nacido el 27 de enero de 1836. Una pequeña acuarela lo muestra a la edad de tres años como un niño muy rubio, sin rasgos particulares, pero cuando nos encontrábamos en París en 1887, un francés que había vivido bastante tiempo en la Habana me dijo: “¿El señor es español?” El tipo moreno se había marcado y hecho más patente cuando alcanzó la treintena. Su antepasado, Don Mathias Sacher, había llegado en 1547 con el emperador Carlos V como comandante de un regimiento de caballería, se había casado en Bohemia y la ascendencia española o, más bien, como me explicó un profesor alemán, una ascendencia árabe, se impuso claramente. El abuelo Sacher había pasado de Bohemia a Galitzia en calidad de funciona-

rio imperial y fue aquí donde se hizo gobernador del dominio de Kalusz, director de las salinas de Wieliczka, consejero y gobernador de la ciudad; llevó a cabo importantes operaciones financieras, fue condecorado con la orden de Leopold y gozó de gran consideración. El padre era un hombre de una gran fuerza intelectual que siempre manifestó el más vivo interés por la Belleza, las ciencias naturales, la literatura, las lenguas —algunos años antes de su muerte, a la edad de setenta y nueve años, comenzó a estudiar el inglés— y sabía muy bien cómo inducir a concentrarse en sí mismos a todos aquellos que tenían algún don intelectual o artístico. El abuelo por el lado materno, Franz Masoch, no sólo era médico, también era profesor de universidad, había sido tres veces *Rector Magnificus* de la universidad de Lemberg y reformó profundamente el sistema sanitario. Se comprende fácilmente que el pequeño hijo comenzase su vida con ciertos talentos.

A todas esas ventajas personales, hay que añadir una época de gran agitación; los disturbios en Polonia, las aspiraciones de los rutenos que intentaban liberarse de la tutela polaca, finalmente la violenta sublevación de 1846, todo eso, seguramente, fue propicio para excitar y encender la imaginación ya viva del niño. Cuando la familia —cuatro niños habían nacido entre tanto— partió a instalarse en Praga donde Leopold von Sacher había sido nombrado, una vez más, a la cabeza de una policía municipal, fueron de nuevo confrontados al movimiento revolucionario y puesto que, bien entendido, las numerosas noticias pasaban por la dirección de la policía, podemos imaginar la extraordinaria fuerza de esos acontecimientos sobre el niño y la influencia que ejercieron en él. Asistió en todas partes a las luchas de liberación y no es de extrañar que se hiciese un adolescente, y, después, un hombre de pensamiento profundo y que se situara cada vez,

en tanto que tal, del lado de los oprimidos, de los rutenos y los judíos, de los pueblos más miserables y sojuzgados, tan numerosos y de orígenes tan diversos que habitaban los ricos Cárpatos.

Superó su bachillerato a los dieciséis años y, como el consejero oficial quería que él estudiase derecho con el fin de que se consagrara después a la diplomacia, Leopold se rebeló contra las ataduras que resultaban de una tal carrera y escogió hacer estudios de filosofía. Después de una violenta discusión, Sacher Masoch se alejó de su padre, le pidió a uno de sus antiguos profesores que le encontrase un trabajo como docente, por modesto que fuese, y decidió llevar una vida independiente. Cuando su padre constató su voluntad, cedió, y Sacher hizo estudios de historia y filosofía.

Una primera pérdida le golpeó en aquel momento. Su única hermana murió a los catorce años un poco después. Las húmedas paredes de la dirección de policía habían perjudicado gravemente a todos los niños, pues todos padecieron el mismo mal insidioso. El mismo Sacher sufrió una amigdalitis y perdió su hermoso timbre de voz, lo que le impidió subir al escenario, como le aconsejaba Friedrich Haase que iba con frecuencia a leer obras a la casa familiar. Ese mal pulmonar nada desdeñable sólo pudo ser tratado con estancias repetidas en Merania e Italia.

Entretanto, el alto funcionario que era su padre se había jubilado en Graz y si su vida social debió naturalmente cesar, supo reunir sin embargo en torno a él a un círculo de personas que ofrecían un gran interés intelectual, círculo en el que sus hijos mayores tomaron una parte extremadamente activa. Cuando Sacher Masoch cumplió sus veinte años —el 27 de enero de 1856—, ya había superado unos días antes su doctorado y comenzaba una carrera como profesor adjunto. Esa carrera no duró sin embargo mucho tiempo,

toda vez que sus males de garganta le impedían hablar largo rato, pero otra carrera seductora le abría sus puertas.

Ocurrió, creo, en el salón de la baronesa Gudenus, cuando relató con tanta vivacidad el viaje que acababa de hacer a Galitzia, que la baronesa exclamó: “¡Usted debería escribir todo eso y publicarlo!” Aquella incitación pronto dio sus frutos. Mientras que hasta aquel momento Sacher Masoch no había publicado más que algunos trabajos históricos en razón de sus investigaciones en archivos, comenzó a tener una actividad literaria, y aunque su primer trabajo –*Graf Donski*–, lo escribió en un alemán increíble, casi imposible, estaba impregnado de una imaginación ardiente y una pasión cautivadora. Trabajaba y pulía su estilo sin desmayo hasta el punto de que yo misma, que había estudiado idiomas a fondo y que en algún modo soy políglota, consideraba como dignos del más grande estilista alemán –al lado de Heine– los trabajos que escribió durante nuestra colaboración con los periódicos franceses –*La Revue des Deux Mondes*–, que yo traducía. Sus obras estaban marcadas por la claridad, la penetración, la simplicidad y la sensualidad. La construcción de sus frases es de una fuerza profunda, algo que hoy nadie consigue. No hay largos periodos, ni frases yuxtapuestas, comprenden muy pocos términos extranjeros, las palabras fluyen como el susurro de las olas, regulares, con una armonía suave y cautivadora, no hay párrafos incompletos, ni guiones, ni esos signos de exclamación que cortan y desgarran el estilo, tal como los vemos empleados con frecuencia en la actualidad. Uno de mis amigos, pedagogo, director de un periódico escolar liberal, me pidió un día hacia las 9 horas un libro de mi marido. Le ofrecí *Ilau*. Al día siguiente por la mañana, entre las 10 y 11 horas, me envió a un alumno con una carta de cuatro folios, un panegírico. Había leído durante toda la noche y escribía: “Hay en

la obra muchas escenas que me gustaría incluir en los manuales de literatura alemana. ¿Qué páginas podrían comparársele?”

La aparición de sus trabajos se encadenaron entonces muy rápidamente. Su obra principal, *El legado de Caín –Das Vermächtnis Kains–*, lamentablemente ha permanecido fragmentaria. Muchas cosas sólo fueron escritas para ganar el pan cotidiano, algo a lo que mi marido le daba mucha importancia, pues el alto funcionario que era su padre, a pesar de sus buenos ingresos, no solamente no dejó nada a sus hijos, sino que se administraba mal y tuvo que luchar contra las deudas durante el tiempo que pasó en Graz. Quisiera decir aquí oficialmente algo que nunca dije en privado. ¿Cómo es posible que no se quiera hacer una nueva tirada de *El legado de Caín* cuando la edición está agotada? ¿Por qué otras obras de Sacher Masoch, calificadas de monumentales, no se reeditan? ¿Teniendo en cuenta, además, que ningún autor vende tanto como él (desgraciadamente la familia no saca ningún provecho de eso), de lo que dan testimonio sus escritos breves *Liebesgeschichten –Historias de amor–*, *Russische Hofheschichten –Historias de la corte de Rusia–*, *Wiener Hofheschichten –Historias de la corte de Viena?* La mayoría de los lectores no conoce *El legado de Caín* y su extraordinaria intención moral, se basan en una pequeña parte del todo y construyen una doctrina que no debe y no puede servir como ejemplo pavoroso, una doctrina inmoral. ¿Quién es responsable? ¿El autor o el público? ¿Aquél que elige su lectura o aquél que no puede vivir solamente de la gloria y no puede alimentar a su familia?

A esos trabajos, más o menos importantes, se suman obras dramáticas que lo pusieron en contacto con muchas personas, y también con el teatro. Fue en ese momento cuando comenzó la época que debía serle perjudicial y que no podía

más que serlo. En el fondo, mi marido era de naturaleza delicada, reservada y tímida. Era sencillo, natural, poco sensible al halago social, dulce, indulgente en su modo de expresión y en sus juicios, modesto en sus necesidades y en sus ambiciones, tranquilo y mesurado en cualquier cosa. ¿Qué ha hecho entonces el mundo de él? El ser más reprochable que se pueda imaginar, si creemos los juicios públicos que se han vertido sobre su persona. Yo, que he vivido trece años con mi marido y que sólo en raras ocasiones me separé de él, no llegué a conocerlo y sólo lo juzgo desde el punto de vista que he dicho. Si no hubiese vivido en Graz donde tantas personas ociosas estaban ávidas de sensaciones, muchas cosas hubieran sido diferentes. Según las numerosas cartas que pude encontrar, ¿cuántas mujeres –las de Graz sólo representan una mínima parte– no se apresuraron hacia él para rodearlo de adulaciones y halagos, cuántos hombres no lo abordaron con súplicas y falsos elogios? Eran manifestaciones ininterrumpidas y desoladoras detrás de las que se escondían, la mayoría de las veces, el egoísmo del beneficio o la intención de explotar a otro. Incluso en sus cinco últimos años, cuando se acercaba a su sexagésimo aniversario y vivía entre su familia con tres hijos que son hoy seres sanos, inteligentes, de libre pensamiento y que eran toda su alegría, eran muchos los jóvenes y bellas damas que querían venir a Lindheim a cualquier precio, a este silencio y recogimiento, para trabajar con mi marido. Como mi marido no me ocultaba ninguna carta, nos reíamos de aquéllo de buena gana y el gran “servidor de las damas” les explicaba con toda su cortesía la imposibilidad en que se encontraba de poder ocuparse de ellas por mucho tiempo. Todo aquél que se creía con un talento se apresuraba a enviarle por correo ensayos y cuando mi marido no conseguía ayudarlos en la búsqueda de un editor y, salvo raras excepciones,

hacerles conseguir la fortuna y la gloria, se revolvían contra él y lo calumniaban tanto en público como en privado. Sacher Masoch nunca dejó, sin embargo, a pesar de todas sus decepciones, de ayudar a la gente, de asistirle, de promocionarla, incluso al precio de sacrificios personales. A pesar de todos los disgustos que padeció, de todos los dolores, de momentos penosos y amargos, fue siempre ese trabajador infatigable que, no solamente nunca bajó la guardia, sino que al contrario no dejaba de proseguir con tenacidad, con la más extrema energía, su lucha contra un destino odioso.

En 1859, Sacher Masoch partió como oficial voluntario a la guerra, a Italia, y en Magenta fue herido de bayoneta en un brazo. Marchó a Dinamarca en 1864, y después fue a Bohemia en 1866. Sus dos hermanos se habían igualmente incorporado a filas, pero no llegaron a intervenir, pues la guerra había finalizado. Aún tengo una carta del viejo consejero donde escribe: “Vamos a ver al fin qué espíritu reina en esa casa”. Sacher Masoch recibió las distinciones al Valor militar y la medalla de guerra. Se casó una primera vez con Aurora Rümelin. Para él, ese matrimonio fue una desgracia. Siempre se sintió atraído por aquel verdadero marjal que era Graz y que se le hizo no solamente invivible a ojos de sus amigos y de los que le querían bien, como me dijo su último hermano vivo, sino que además le debilitaba mucho físicamente. Se instaló en Brück después de haber permanecido algún tiempo en Viena. Cedió después de muchos años a la insistencia de su mujer, y regresó a Graz.

En 1880 se instaló en Budapest para dirigir un periódico y hacer representar su opereta *Die Wächter der Moral* –*Los guardianes de la moral*–; había concebido el libreto a partir de una de sus *Historias de la corte de Viena*, relato cuyo título es *Die Keuschheitskommission* –*La comisión para la casti* -

dad. Abandonó Budapest para instalarse en un pequeño pueblo cerca de Passau donde emprendió negociaciones para crear un periódico que, en efecto, vio la luz el 1º de octubre de 1881 con la mancheta *Auf der Höhe* –*En el punto de mira*. Ese periódico le hubiese asegurado los ingresos suficientes si su mujer no hubiera hecho imposible, una vez más, el proyecto, tal como me lo aseguró el editor. Yo entré en 1882 en la redacción, en calidad de traductora, y le di así a su mujer la ocasión de poder cumplir con sus deberes domésticos y dedicarse a los hijos. El señor Armand R., de hecho Armand Rosenthal, se las daba de joven rico y eso le favorecía para ser un amigo privilegiado de la mujer del gran escritor –pues Sacher Masoch gozaba en París de una reputación considerable–, y cuyos relatos habían aparecido en la *Revue des Deux Mondes*. Rosenthal siempre tenía dinero, aunque las fuentes nunca eran conocidas. Todo el mundo se dejaba engañar, menos yo. Después de dos o tres meses, fue provocada una escena para conseguir mi despido, porque “yo era demasiado astuta para el señor Armand”.

Yo le había reprochado –entre otras cosas– haber copiado de nuevo, y abreviado de manera muy desafortunada, un artículo de Sacher Masoch aparecido en la *Revue des Deux Mondes* acerca de Albrecht Durer, sobre el que había hecho estudios profundos en Nuremberg. A pesar de mis advertencias, Sacher Masoch no quería creer en la deshonestidad de Rosenthal hasta que, finalmente, se hundió el frágil edificio de la mentira y el engaño. Sacher Masoch se separó de su mujer oficialmente, pero de hecho, ya hacía mucho tiempo que había adquirido otra casa y se había llevado con él a su hijo mayor. Sería demasiado largo enumerar aquí todos los golpes del destino que hubieran acabado con cualquier otro que no fuese él. Cuando finalmente su mujer desapareció con su amante, se descubrieron muchísimas deudas que

habían sido hechas en su nombre. La *Revue* cambió de editor para evitar la quiebra y continuó dirigiéndola durante largo tiempo, lo que supuso que pudiese hacerse de manera honorable. Armand se había comprometido a depositar 1400 marcos mensuales, pero esas sumas nunca fueron entregadas. Los embargos se sucedieron; incluso el día que murió su hijo, el ejecutor judicial entró en la casa para proceder a nuevos embargos. Durante un año, me mantuve alejada de él, poco después volvimos a relacionarnos y ya no nos separamos. En el otoño de 1886 compré en Landheim una casa de campo muy sencilla, con un gran jardín que más parecía un bosque, toda vez que incluía una parte boscosa y vestigios históricos.

En 1887, fue a París para explicarse con su mujer y Armand, y yo lo seguí con los niños. También allí no hubo más que intrigas y vanas promesas; gracias al nombre de mi marido, Armand se encontró un trabajo en el *Figaro* y mi marido fue de nuevo, con su grandeza de alma, su víctima. Aunque se tenía por pesimista en el sentido de Schopenhauer, era en realidad un gran optimista, siempre dispuesto a no pensar más que en el bien de las personas, no dejaba de creerlas y de confiar en ellas. En 1890, partimos para Mannheim donde mi marido fundó un periódico.

Divergencias con el editor y las crisis nerviosas debidas a su actividad de crítico teatral, que dañaban su salud que penosamente cuidó en Landheim, lo llevaron a renunciar a esas funciones.

Sacher Masoch era una naturaleza muy distinguida. Cuando Karl Spitteler lo visitó en 1884, en el momento de su peor abatimiento, en un modesto piso de tres piezas sumariamente amueblado porque todo estaba bajo embargo, sacó esta impresión de Masoch: era “un gran señor”. Tenía un comportamiento atento y deferente, lo mismo con las mujeres

que con los hombres. Cuando lo conocí, hablaba el dialecto austriaco, pero acabó por usar conmigo el alemán más puro. Nunca he oído de sus labios una palabra ambigua, una blasfemia o un juramento a pesar de su carácter apasionado, y creo que sería difícil encontrar algo así en sus escritos. Le era extremadamente difícil frecuentar las amistades masculinas porque no bebía, no jugaba, pero en cambio era un “conversador” brillante que detestaba las procacidades. Yo nunca le oí decir las. Prefería las compañías mixtas, porque la presencia de las damas las prohibían. Le reprochaban y afirmaban que estaba demasiado dominado por su mujer para atreverse a salir solo. Bastaba con verlo por la noche sentado en un viejo sillón, contándole a nuestros tres hijos cuentos y leyendas, uno en cada brazo del sillón, el tercero sobre sus rodillas, o cuando interpretaba grandes tragedias con el teatro de marionetas. Había que verlo jugando con ellos al aro, a la pelota, a instalarle pequeñas habitaciones, feliz de verlos bailar cuando yo me ponía al piano; no, un hombre tan sencillo no puede ser un carácter corrompido. Aquí, lejos de todos esos elementos que antes le habían influenciado para su desgracia, caen todas las escorias y una naturaleza delicada, tierna, la que conformaba el corazón de su ser, sale al fin a la luz. Cuando le conocí, tenía cuarenta y seis años. A esta edad, el carácter está formado, es imposible que una naturaleza nueva aparezca en ese momento y sólo el meollo mismo del ser puede salir, puro y brillante, de su mancillada envoltura.

Fue una nodriza rutena la que le dio su primer alimento, estuvo tres años cerca de él y es muy posible que fuese ella la que depositó en él el germen de su amor por el pueblo. En los tres últimos años de su existencia, se volvió nuevamente hacia el pueblo con el cual siempre había mantenido lazos de simpatía. Fundó bibliotecas, asociaciones para la cultura

popular y el secretario general competente en estas cuestiones en Berlín, el señor Tews, las declaró ejemplares, habida cuenta de sus orientaciones y de su estatus. Consiguió, también, que Lindheim fuera el primer pueblo de todo el Bajo-Hessen en el que se instalaran canalizaciones de agua, y, como consecuencia de ello, muchos pueblos y comunas del Alto-Hessen siguieron aquel ejemplo y, en la actualidad, un extraordinario colector de aguas está en vías de realización en las comunas que rodean Butzbach. Cuando –hace poco tiempo– dije en una reunión del consejo cantonal a su presidente que nadie continuaría la obra de mi marido, permaneció un momento en silencio y me respondió a continuación: “Fue demasiado adelantado y no vivió el tiempo suficiente.”

Yo conocí a ese hombre, mis hijos lo amaron, el pueblo lo conoció y, aún hoy, su nombre es estimado y venerado. Las palabras del rey Lear están hechas para él: “*I am a man, more sinned against than sinning*”, “Soy un hombre contra el cual han pecado más de lo que él mismo ha pecado”.

Sacher Masoch murió el 5 de marzo de 1895 de una larga enfermedad cardíaca. Cuando estaba en París, comenzó a publicar los recuerdos de su vida. Quedaron incompletos y tan poco avanzados que es imposible acabarlos. En el fondo, nosotros sabemos pocas cosas uno del otro, incluso en la vida común más íntima, hay rincones de nuestra alma que permanecen cerrados al otro.

MI ORIGEN

Para empezar debo hablar un poco de mi familia. Se me ha considerado casi de todo: judío, húngaro, bohemio e incluso mujer. Se hace, pues, más que necesario esclarecer mis orígenes reales.

Mi familia es de ascendencia española y católica. El primer antepasado mencionado en la crónica familiar se llamaba Don Mathias Sacher y era capitán de caballería bajo Carlos V. Durante la campaña contra los protestantes alemanes la caballería española salió victoriosa de la batalla de Mühlberg en 1547, y él vino a Alemania con el séquito del emperador.

Sufriendo de gota y casi paralizado, Carlos V había hecho atar su armadura a su caballo. Cuando vio al borde del camino una cruz con Cristo Nuestro Salvador mancillada por los luteranos, le señaló el hecho a su caballería española y gritó: *“Exsurge, Domine, et judica causam tuam”*, *“Levántate, Señor, y sé juez de tu propia causa.”* A continuación, dio la orden de atacar. Los protestantes alemanes fueron batidos en dos horas y dispersados a los cuatro vientos. Su jefe, el Príncipe Elector Juan-Federico de Sajonia, y el *Landgraf* Felipe de Hessen fueron hechos prisioneros.

Mi antepasado Don Mathias también combatió en ese día memorable en las primeras filas avanzadas de aquella ejemplar caballería española. Resultó herido. Lo trasladaron a Bohemia, en la región de Saaz, donde fue cordialmente acogido por un gentilhombre muy distinguido de nombre Clementi. La joven y bella hija de la casa se puso al cuidado del héroe español que había derramado su sangre por el emperador y por su fe. Como Don Mathias no hablaba ni alemán ni checo y la señorita Clementi no hablaba español, se sir-

vieron de la lengua francesa en la que se entendieron tan bien que, tras un breve romance amoroso, se hicieron novios y formaron una pareja feliz.

Don Mathias Sacher abandonó el servicio del emperador y consiguió aquiescencia de su patria para permanecer en Bohemia con su joven esposa. Se le otorgaron los derechos de gentilhombre y aún hoy se puede ver en Praga su casa con los blasones familiares.

El nombre de Sacher, que durante mucho tiempo se ha tomado por judío, es en realidad de origen oriental. Cuando yo aún era estudiante y seguía los cursos de gramática comparada del célebre profesor Schleicher, mi apellido sumió a aquel gran lingüista en la extrañeza. Apenas me oyó hablar de mi antepasado español, me explicó que el nombre de Sacher era un nombre árabe y que mi familia tenía sin ninguna duda un origen morisco. Me puso por escrito al menos setenta raíces árabes y me mostró en el *Hamasa* —una antología de poemas árabes—, un poema relativo a la muerte heroica del hermano del autor (Sacher) en el campo de batalla.

Mi abuelo, Nepomuk von Sacher, fue durante un tiempo funcionario de la administración imperial hasta que el reino de Galitzia fue integrado a Austria tras la escisión de Polonia. Fue enviado allí como otros funcionarios, para imponer el orden en la nueva provincia que no tenía ni administración ni leyes, y que se encontraba en un estado de total anarquía. Allí se casó con la señorita Robel. Sus méritos le abrieron una brillante carrera. Fue nombrado consejero gubernamental y administrador del reino de Galitzia y, después de que el emperador Franz lo hubiese condecorado con la orden de san Leopold, se le concedió el título de caballero. En 1861, el parlamento le confirió, a él y a sus descendientes, los derechos ciudadanos y la dignidad de Landesherr, título que

corresponde más o menos al de lord o par en Inglaterra. Su hijo —mi padre—, también se consagró al servicio del Estado y pronto fue nombrado presidente de un departamento administrativo. Se casó con Charlotte von Masoch. Como la familia no tenía herederos para su título, el emperador autorizó a mi padre a unir su nombre al de mi madre. Así fue como se formó una nueva rama de la familia Sacher, la de los Sacher-Masoch.

MI NACIMIENTO

Nací el 27 de enero de 1836 en Lemberg, la capital de Galitzia. Mi padre era en esa época consejero de Estado y jefe de la policía de Galitzia. Mi madre, que no tenía hijos, no suscitaba por esa razón ninguna simpatía en mi abuela. Cuando le anunciaron que su nuera estaba en cinta, exclamó: “Una broma más. ¡Otra vez uno de esos embarazos nerviosos!”

Mi madre era de una extraordinaria belleza y, sin embargo, rehuía la vida social y vivía muy retirada, mientras que mi padre era un hombre de mundo a quien su situación social, además, obligaba a participar en la brillante vida mundana de Lemberg. Tenía el carácter de su madre, a quien también le gustaba mucho ese tipo de placeres, y que no se quedaba de buena gana en casa. Mi abuelo, en cambio, no sentía ninguna clase de interés por la buena sociedad ni las fiestas. Después de haber abandonado su servicio, pudo al fin realizar su deseo de llevar una vida retirada y permanecer en su casa, rodeado de sus libros y sus periódicos, pues se ocupaba mucho de política. Incluso estaba considerado por los

medios políticos de la ciudad como una especie de oráculo. La comunidad de puntos de vista creó entre él y mi madre una unión profunda y conmovedora. “Tranquilízate, Lotte –le decía–, Dios no te abandonará y tendrás un hijo, estoy seguro.”

El 27 de enero, al mediodía, un día de mucho frío, mi abuelo estaba en la barbería; el barbero ya había enjabonado su cara, le había puesto un paño al cuello, tenía la cuchilla de afeitar en la mano y, soltando un hondo suspiro, se disponía a ejecutar la operación cuando un amigo de mi abuelo entró y exclamó: “Señor Consejero ministerial, vuestra nuera acaba de traer un niño al mundo.”

Mi abuelo, un hombre comedido y digno, que medía más de seis pulgadas, a quien toda la ciudad conocía, saltó sobre sus pies, sin reflexionar, con la cara llena de jabón, el paño todavía al cuello y se precipitó tal como estaba, sin bastón ni sombrero, a la calle y corrió hasta la prefectura de policía donde ya reinaba una alegre algazara.

Mi padre había sacado todas las riquezas de su bodega; en el departamento y en todas las oficinas el champán corría a raudales y los sencillos soldados de policía hacían honor a un excelente burdeos.

Mi abuelo, que consideraba que era su deber hacer un brindis en mi honor, levantó su vaso, se detuvo repentinamente con una sonrisa luminosa en sus rasgos severos y exclamó: “¡Felicidad y bendición en el día del nacimiento del gran Mozart!”

Acababa de recordar, en efecto, que Mozart había nacido el 27 de enero en Salzburgo.

En esto, todas las personas presentes predijeron al niño nacido entre tan grandes dolores un futuro extraordinario.

Entre aquella feliz algarabía apareció de repente el barbero –con la cuchilla de afeitar en la mano– que había seguido a

mi abuelo hasta allí. Fue recibido con un gran estallido de risa, le ofrecieron una copa de champán; a continuación, puso manos a la obra y comenzó a rasurar la barba de mi abuelo, rodeado de amigos y familiares que se divertieron mucho con aquella cómica situación.

MI NODRIZA

La primera figura que surge de la niebla de mi infancia es la de una mujer fuerte y bella, que tenía un rostro como la madonna pintada por Rafael. Todavía hoy, su rostro aparece claramente ante mí, sus grandes ojos azules, una bella sonrisa, un chal blanco rodeando su cabeza, inclinándose sobre mi cuna para acariciarme. Handcha, mi nodriza.

Yo era un niño débil y nervioso. A mi madre le hubiera gustado mucho amamantarme, pero se vio obligada a renunciar a ese hermoso deber maternal. Sólo se decidió a dar ese difícil paso cuando su padre —médico y profesor de la universidad de Lemberg—, le explicó que su vida estaba en peligro si no contrataba una nodriza. En vano buscaron por todo Lemberg una mujer que fuese capaz de asumir aquella tarea. Cada día pasado en vano acrecentaba el peligro hasta que, al fin, un familiar que habitaba en Winiki envió un correo con la noticia de que habían encontrado una nodriza apropiada, la hija de un campesino. Ésta había explicado sin embargo que no abandonaría a su hijo a ningún precio. Mi madre no dudó ni un minuto. Aunque débil y sufriendo, subió con mi padre —abrigada con gruesas pieles— en el trineo y partió a Winiki. Encontró allí, en una miserable choza con techumbre de paja, a una mujer joven, fuerte y muy

bella, que daba de pecho a un vigoroso niño. Para convencerla de que fuese con ella, le ofreció todo lo que hubiera podido seducir a una joven campesina, pero la muchacha—tan orgullosa en su morada como una reina en su castillo—rechazó todas las proposiciones.

“No abandonaré jamás a mi hijo, exclamó, ni por la corona de la zarina.”

Completamente desesperada, mi madre rompió en lágrimas. “¡Oh, Dios, oh, Dios mío, dijo mi madre entre sollozos, mi pobre hijo está perdido! Dios mío, no me abandones, mi pobre hijo va a morir.”

En aquel momento, el corazón de una madre dirigiéndose al corazón de otra madre hizo el milagro. La joven campesina había rechazado el dinero y el lujo de la mujer rica, pero la madre fue vencida por las lágrimas de otra madre.

“Estoy dispuesta a seguirla, dijo Handcha, pero tan sólo el tiempo necesario para que usted encuentre otra nodriza.”

Le pidió a una vecina que también tenía un niño de pecho que amamantase al suyo durante su ausencia. Se puso a continuación unas botas de hombre y un abrigo de piel de cordero, se arrodilló ante los santos iconos y rezó brevemente. Cuando se alzó, las lágrimas resbalaron desde su rostro sobre su hijo a quien había cogido en brazos y cubría de caricias. Se lo entregó después a su vecina, abandonó con un ánimo firme la casa paterna y siguió a mi madre.

Durante el camino no dijo ni una palabra. Al llegar a la casa de mis padres, pidió ver enseguida al niño, miró a aquel pobre pequeño ser casi muerto de hambre y le dijo a mi madre: “Este niño tiene más necesidad de mí que el mío propio. Soy cristiana y cumpliré con mi deber. Quedaré en su casa hasta que el niño no tenga necesidad de nodriza.” Mi madre la estrechó contra su corazón y entre sus brazos.

DOS MADRES

El espectáculo debió de ser muy divertido cuando me pusieron por primera vez al seno de aquella robusta campesina llena de salud. Acostumbrado a mamar de mi madre con todas mis fuerzas, hice lo mismo con ella, pero el chorro de leche que entró en mi boca fue tan poderoso que me cortó el aliento, y casi me ahoga. Cuando pasó el fuerte ataque de tos, levanté la cabeza y la miré con tan gran asombro que todas las personas presentes estallaron en risas.

Handcha era una verdadera rusa, una mujer espléndida, fuerte, esbelta y sin embargo de formas generosas. Su rostro de un óvalo perfecto tenía rasgos severos y nobles, que a veces era recorrido por una sonrisa llena de bondad y algo burlona. Tenía unos dientes brillantes y cabellos rubios, atados en dos trenzas espesas que, sueltas, le llegaban hasta las rodillas. No sabía leer ni escribir, pero tenía la inteligencia natural del pueblo ruso, un corazón bueno y abierto y una naturaleza de una alegría hechizadora.

En primavera, me llevaba a pasear por la zona amurallada de Lemberg, nuestros Campos Elíseos en miniatura. Llamaba la atención, a pesar de que en Galitzia era frecuente ver hermosas mujeres de origen campesino, aristocrático o judío. Mi madre había vestido a Handcha con el mayor cuidado, aunque se tratase de la ropa de una campesina. Handcha llevaba la mayor parte del tiempo botas de cuero rojo, una falda corta de muchos colores, una chaqueta azul y debajo una blusa bordada con mangas abullonadas, finalmente un abrigo de piel de cordero bordado en seda multicolor. Su exuberante pecho estaba cubierto de medallas de oro y plata. Llevaba un pañuelo rojo anudado a su cabeza.

Los hombres distinguidos tomaban al niño como pretexto para acercarse a ella y hablarle. Todos le hacían la corte, incluso el presidente del gobierno, el anciano barón Krieg, igual que el conde Lazanski, el don Juan de Lemberg, el favorito de las damas más bellas y elegantes de la ciudad. Pronto aprendí a andar, pero representaba una tortura para la familia porque dormía poco. Aún hoy, veo una habitación grande en cuyas paredes había tapices gobelinos que representaban una batalla entre los turcos y los polacos. En aquella habitación, pasé con frecuencia noches en blanco contemplando aquellas paredes o la lámpara de cabecera, soñando con los ojos abiertos. Cuando mi nodriza se daba cuenta de que yo no dormía, me ponía sobre sus rodillas, y, poco después, llegaba también mi madre.

PRIMERAS IMPRESIONES

En esa época, en Galitzia, aún se mantenían lazos patriarcales muy marcados entre los amos y la servidumbre. Así, ocurría a veces que todos eran despertados, la doncella, la cocinera, el mayordomo y el cochero, rompiéndose todos la cabeza para encontrar la manera de distraerme. A mí me gustaba mucho jugar con grandes animales hechos de madera; pero un día descubrí la luna y mi deseo de verla se hizo tan intenso que Handcha estimó que había que satisfacerme a cualquier precio. Mi madre cerró los cortinajes y el cochero —Adam—, que me adoraba, y a quien también yo quería mucho, pegó uno contra otro grandes trozos de papel de plata, y recortó un cuarto de luna y me mostró con orgullo su obra maestra. Yo la contemplé largamente, sacudí la cabeza

y con un movimiento enérgico arrojé al suelo la falsa luna con desprecio, señalando la ventana. Quizá ya manifestaba entonces en mí mismo algo del espíritu del poeta mirando hacia el cielo con un deseo ardiente, despreciando las alegrías que la tierra puede ofrecerle y que no puede satisfacer verdaderamente ni su imaginación ni su corazón.

Quizá el niño que yo era ya estaba penetrado por el presentimiento del destino humano que, ciertamente, nos muestra el sol, la luna y las estrellas, pero que después nos ofrece cosas que tienen mucho menos valor que un trozo de papel de plata. También pugnaban en mí los sentimientos de un caballero español. El espíritu de Don Mathias le puso alas, sin ninguna duda, al chiquillo de dieciocho meses que corría con una espada en la mano en torno a la mesa del comedor, seguido por su madre, la nodriza, el cochero y los demás sirvientes que se habían armado con escobas y bastones. Más tarde, me ofrecieron una pequeña arma de madera y, a partir de ese día, mi nodriza debió descender regularmente a mediodía al patio para proceder al relevo de la guardia. Era allí, en efecto, cuando el oficial leía los nombres y finalmente pronunciaba el mío, y yo respondía orgullosamente con mi débil voz: “¡Presente!”

HANDCHA

Mi vida ulterior fue determinada por mi nodriza de manera mucho más fuerte y decisiva que por la sangre heroica de Don Mathias, mi madre, mi padre o cualquier otra persona de mi entorno. Yo succioné con su leche el amor del pueblo ruso, el de mi país, de mi patria y también el amor de los

campesinos que comparto con todos los poetas, y particularmente con los poetas rusos. Gracias a mi nodriza, el ruso fue la primera lengua que he dominado, incluso aunque en casa se hablara sobre todo en polaco y alemán. Y fue ella, también, la que me contó los maravillosos cuentos rusos, ella quien, acunándome, me cantó esos primeros cantos populares de la Pequeña Rusia que impregnaron lo que soy, mi mundo afectivo y también mis obras tardías. Handcha permaneció algunos años en nuestra casa. Mientras tanto, un campesino rico y viudo de su pueblo pidió su mano. Mi madre le rogó que permaneciese en nuestra casa y le dijo que, si quería, podía vivir allí hasta su muerte. También le hizo pensar que no le sería tan fácil habituarse a la vida de privación de los campesinos de Galitzia toda vez que, desde que vivía con nosotros, se había acostumbrado a un mayor confort. Finalmente, la idea de volver a ver a su hijo la empujó a esa decisión. Cada vez que venía a vernos era un día de fiesta para nosotros, y, sobre todo, para mí que había vivido la separación de manera particularmente difícil y que había derramado en aquella ocasión muchas lágrimas. Mi madre, ay, no se había equivocado, la vida dura, el trabajo difícil y penoso de los campesinos de Galitzia quebrantaron la salud de Handcha, a pesar de su vigorosa naturaleza. Poco tiempo después de abandonar Galitzia, tuvimos noticia de su muerte. Yo estaba desesperado, pero acabé por soportar esa desgracia como aprendemos a soportar cualquier cosa en este mundo. Sin embargo, nunca he olvidado a Handcha ni la olvidaré jamás. Todavía hoy, cuando escribo estas líneas, una lágrima se desliza hasta el papel.

MI MADRE

La influencia de mi madre fue más suave, pero quizá más profunda. Fue ella quien formó mi corazón. Aquella mujer, bella y llena de espíritu, de una cultura extraordinaria, vivía muy metida en sí misma y se consagraba por completo a su marido y sus hijos, se mostraba tan cálida y amable que facilitaba sus relaciones con todos. Todo su ser, marcado por el idealismo y la facultad de entusiasmo, tenía algo de romántico. Parecía que la manera de hablar para expresar grandes ideas viniendo del corazón había sido concebida por ella. Además, mi buena madre era muy piadosa, pero de una piedad real que no hería a nadie, pues ella respetaba las ideas y la fe de cada uno. Cuando sin embargo la emprendían con sus ideas religiosas, ella las defendía con vehemencia y profunda convicción. La grandeza de corazón y la tolerancia respondían a su visión del mundo. Era la digna hija de su padre —contemporáneo del emperador José II— a quien le habían puesto el sobrenombre de “amigo de las cabezas coronadas.” Cada vez que la visitaba, trastornado por una pasión violenta o un golpe de suerte, tenía el sentimiento de encontrar entre la espesa maleza de un bosque sombrío una fuente clara y fresca.

ZENOBIA

La tía Zenobia era lo contrario de mi madre, lo más asombroso que imaginar se pueda. Era “l’enfant terrible” de la familia.

Aunque pasaba la mayor parte del tiempo en el campo, desempeñaba un papel importante en la sociedad de aquella Galitzia, y cuando abandonaba la ciudad todos respiraban tranquilos. Ella no era, sin embargo, ni perversa ni mala, pero su frivolidad hubiese hecho honor a una diosa griega. Por su excentricidad, sus accesos de entusiasmo, su gusto por el lujo, su pasión por las aventuras, se había convertido en una de esas mujeres galantes que, tan sólo aspirando ellas mismas al placer y el disfrute, precipitaban en la desgracia a todos aquellos que se acercaban a ellas.

Era la muchacha más bella de Galitzia, una verdadera polaca, con todos los encantos y defectos de su raza, llena de ingenio y de temperamento; se había casado con un hombre al que amaba y adoraba. Él fue el primero en quebrantar la fidelidad debida a su ídolo, y, cuando ella le respondió con la misma moneda, aquéllo ya no tuvo excusa, pero al menos era comprensible y perdonable. Mi abuela, mi madre y todas mis tías la desaprobaban, pero no por mucho tiempo.

Cuando estaba a veinte leguas de la ciudad la condenaban severamente, pero apenas había regresado —con sus ojos azules y risueños— todo quedaba olvidado, y se confesaban vencidas.

Mi tía Zenobia era una belleza extraordinaria, un personaje brillante que unía en ella misma la dignidad de Catalina II de Rusia y el encanto y la gracia de Manon Lescaut. Era alta y bien hecha, esbelta y sin embargo de formas generosas, arisca, adorable; en una palabra: irresistible.

Asimismo, su rostro era noble y gracioso, un perfil griego, un óvalo polaco, maravillosamente bella, de ojos azul oscuro, de cabellos espesos y negros. Lo que más destacaba en ella era su risa melodiosa, como un pájaro.

Sin que yo fuese entonces consciente, me dejó una impresión profunda. Mi imaginación infantil se excitaba aún más cuando oía hablar de ella como de una mujer muy peligrosa, un demonio seductor. Cuando la veía, estaba poseído por una especie de fiebre y cuando me cogía en sus brazos, me ruborizaba profundamente.

Tan pronto como me contaban un cuento o una leyenda cuando aún era un niño o, más tarde, cuando leía un libro, siempre me representaba a la hermosa heroína o a la orgullosa zarina con los rasgos de mi bellísima tía. En mis sueños, ella se convertía en Olga de Kiev, la reina Bona, la heroica Jadwiga de Lituania, la zarina Catalina en la obra de Pushkin *La hija del capitán* o la bella bruja del cuento fantástico de Gógol *El rey de los espíritus de la tierra*.

Cuando me permitían besarle la mano, era como si me hubiesen autorizado a robar una golosina muy rara y, cuando su bella boca rozaba la mía, tenía la impresión de que mis labios tocaban un bouquet de flores. Yo no presentía que ese perfume fuera peligroso, como tampoco que pudiese encontrarse veneno en las flores.

Esa mujer bella y seductora fue el enigma de mi infancia. Era la esfinge viva ante la cual el niño se demora con asombro, recorrido por un especial temblor, pero ese perfume era de una increíble dulzura.

MI ABUELO MASOCH

La casa de mi abuelo Franz von Masoch, en cambio, era un lugar sagrado donde yo nunca entraba sin cierto temor pero al mismo tiempo con curiosidad, señal de mi futuro amor por la verdad y la ciencia. Aparte del ejercicio de su profesión de médico, mi abuelo encontraba tiempo para practicar una actividad científica. Dos cuadros de él se han grabado profundamente en mi memoria.

Uno me muestra al digno anciano con su amplio gabán azul y una corbata blanca, sombrero ro de seda gris, las manos cruzadas a la espalda, un sólido bastón, como cuando caminaba por la mañana temprano a través de las estrechas y sucias calles de los barrios de miseria. No era solamente para curarlos como privilegiaba a los pobres en relación con los ricos, llegaba incluso a enviarles víveres y vinos de su bodega.

El segundo me muestra al anciano señor, alto y bello, en una pieza inmensa en la cual los libros apilados forman pasillos o calles y que desborda de atlas, de mapas del mundo y del cielo, de instrumentos de astrología, de esqueletos y de preparados. Justo en medio de aquel caos científico, podía verse, encaramado a un brazo del sillón, un pequeño petirrojo al que nunca abandonó y que dejaba oír su arrobador canto cuando mi abuelo abría los grandes *infolio* para explicarme el organismo humano, el nacimiento de la Tierra o las constelaciones de las estrellas, o aun para mostrarme las perspectivas de países lejanos o las imágenes de animales de las diversas regiones del mundo.

La hermana de mi madre, una solterona, cuidaba del orden de la casa. Compartía aquella tarea con la hermana de mi abuelo, una bondadosa pequeña abuela –parecía sacada de

un cuadro de Rembrandt—, siempre vestida de seda negra con una cofia en la cabeza y una pesada medalla de oro en el pecho.

Se practicaba en la casa de mi abuelo una especie de culto a Napoleón. Esto no quiere decir que mi abuelo no fuese un buen patriota durante las guerras de 1809 y 1813, él había sacrificado por el emperador y la patria una parte considerable de su fortuna, y también su mujer había ofrecido dinero y joyas.

Para mi abuelo, Napoleón era el hombre más grande, el más genial que jamás haya vivido, y sintió su derrota tan vivamente como los franceses lo habían deplorado.

En casa de mi abuelo había por todas partes pinturas, pequeñas estatuas, mil cosas que representaban a Napoleón o ciertos acontecimientos de su vida. En las paredes, además de los retratos del emperador y del duque de Reichstadt, había grabados que celebraban las victorias de ese nuevo César. Recuerdo muy particularmente una pequeña imagen que representaba la tumba de Napoleón en Santa Helena.

Se podía apreciar en la misma un soldado inglés montando guardia, y dos árboles, cuyos contornos hacían pensar en la silueta del emperador.

Además, colocada sobre una silla, había una estatua de Napoleón a caballo, con un anteojo en la mano, y mi abuelo también poseía una preciosa tabaquera con la efigie de Napoleón. Su biblioteca contenía más de trescientos libros sobre Napoleón y su época. Mi abuelo veneraba tanto a Napoleón como detestaba a Wellington, en el que sólo veía a un palurdo inglés, mediocre, limitado y sin embargo favorecido por la suerte. Aunque admiraba mucho a Walter Scott, ya no volvió a tocar ninguno de los libros del autor de *Woodstock* después de haber publicado su panfleto contra Napoleón.

Heinrich Heine, también él un gran admirador de Napoleón, respondió enérgicamente a ese panfleto con mucho ingenio y sarcasmo.

NAPOLEÓN Y EL MUNDO ESLAVO

Seguramente en Francia no se sabe de la popularidad que gozó Napoleón entre los campesinos eslavos de Austria, de Bohemia, de Moravia, de Galitzia, de Iliria y Hungría. Se veía en él una suerte de personaje salido de tiempos homéricos, un salvador, un libertador.

Cuando por primera vez se oyó hablar de Napoleón en lugar de Bonaparte, eso sumió a los pueblos eslavos en una inquietud general. Interpretaban de manera curiosa ese nombre que representaba para ellos un misterio, como una fórmula cabalística.

En lengua eslava, en efecto, el nombre de Napoleón Primero (*Perschi*) equivale a Napoleón *perschi*, es decir algo así como "el primero en el campo de batalla".

Los campesinos eslavos de todas las provincias de Austria esperaban de él que los liberase de la servidumbre, de la miseria que sufrían, y, sobre todo, que decretara la abolición del trabajo forzado. Cada victoria de Napoleón parecía acercarles a ese objetivo. A cada derrota de sus enemigos, aplaudían ruidosamente. Esos campesinos, ignorantes y supersticiosos, incluso creían que Napoleón no era otro que José II, cuya regencia había sido tan liberal y que tanto había hecho por mejorar su situación.

"El emperador de gran corazón no ha muerto", decían, sólo sus enemigos propalan esa noticia. Hasta que al fin admi-

tierra que se habían conjurado contra él y sus proyectos de reforma, que había abandonado secretamente Austria y había ganado Francia donde la gran Revolución ya había comenzado. Un día, regresaría a la cabeza de un gran ejército invencible para liberar a toda la humanidad, romper las cadenas y extender por todas partes la felicidad y la luz.

Cuando, con motivo de su coronación, hizo acuñar moneda con un libro y una carreta como signos de su nuevo poder, los campesinos recordaron inmediatamente que un día, durante una visita a Moravia, el emperador José II había descendido de su carruaje para conducir la carreta de un campesino. Aquella moneda contribuyó así a reforzar en todos esos pueblos la leyenda que se había forjado en torno a Napoleón.

Yo estaba profundamente impregnado por la veneración y la simpatía, permanente en mi abuelo, hacia el gran emperador, hasta el punto de que ese sentimiento no me ha abandonado nunca. Yo apenas sabía leer cuando ya devoraba todos los libros sobre él. Al atardecer, cuando tenía alguna hora libre, me gustaba deslizarme en la antecámara de mi abuelo. Encontraba allí, entonces, al ordenanza de mi padre, un anciano inválido que se llamaba Voyak y que ejercía sobre mí una poderosa atracción. Aquel viejo soldado de plateados cabellos y negro bigote, en uniforme azul, con el pecho adornado con la medalla al mérito, la cruz de Leipzig hecha con el hierro de los cañones y la medalla al Valor militar: esas cosas me parecían de una gran importancia, pues él había tomado parte en todas las campañas de Napoleón.

Después de haber conseguido de mi madre un vaso de vino para él, me sentaba sobre las rodillas de Voyak que me contaba la batalla de Marengo y la rendición de Mantua en el transcurso de la cual, los asediados, se vieron en la necesi-

dad de comer carne de caballo que habían frotado con la pólvora de cañón para hacerla comestible. Me contó también el gran ataque de los coraceros franceses en la batalla de Aspern llevada por Poniatowski –cerca de Delitz y Conewitz-Pleisse–, durante la campaña de Leipzig.

UN EPISODIO DE LA BATALLA DE WAGRAM

Me sentí muy feliz cuando, un día, uno de mis tíos –capitán de granaderos–, fue trasladado de Viena a Lemberg. Aquel bravo oficial, muchas veces distinguido, había visto a Napoleón con sus propios ojos.

Cuando por primera vez me habló de ese conmovedor encuentro, lo escuché con el aliento cortado por la emoción. Durante la campaña de 1809, mi tío todavía era un joven teniente. Después de la batalla de Aspern, el ejército del archiduque Karl había hecho concebir de nuevo la esperanza de que la guerra tomaría un rumbo favorable, y, en efecto, la batalla de Wagram no hubiera podido ser más gloriosa para los austriacos si el archiduque Karl –su hermano el archiduque Hans le había retirado su apoyo– no se viera obligado a ordenar la retirada.

Mi tío, herido, quedó en el campo de batalla. Repentinamente, se acercó un importante grupo de caballeros, con Napoleón a la cabeza de su séquito.

Un pensamiento se apoderó súbitamente de mi tío: “Si pudiese matar ahora a este hombre en cuyas manos se encuentra el destino del mundo, tu pobre patria sería liberada y Europa encontraría la paz.”

Miró en torno y descubrió un arma entre la hierba. La

cogió, se aseguró de que estaba cargada y se preparó para disparar.

Napoleón se acercaba lentamente, con su caballo al paso. Miró con compasión el campo de batalla sembrado de muertos y heridos. Su grave rostro estaba marcado por una piedad muy humana y una emoción profunda. Su altiva mirada expresaba tristeza. Mi tío lo miró e, incapaz de matarlo, dejó resbalar el arma de sus manos y volvió a caer sobre la hierba.

Fue en ese momento cuando lo vio el emperador. Quizá le impresionaron las condecoraciones que el joven soldado, que entonces tenía quince años, había ganado después de la batalla del cementerio de Aspern. Fuera lo que fuese, Napoleón le tendió la mano, a él, el enemigo herido, y dio orden a su cirujano de que se ocupase de él.

LA SEÑORITA MARTINET, MI GOBERNANTA

Yo tenía dos años cuando la señorita Martinet entró a nuestro servicio. Yo la quería mucho, pues era gentil y muy hermosa. También tenía un gran corazón. Gracias a ella, el francés se convirtió en mi segunda lengua. Yo ya lo hablaba y leía correctamente con cinco años. Mis primeros libros fueron *Telémaco*, *Don Quijote* y *Las mil y una noches*, libros que leí en francés.

Desde mi más tierna infancia, la literatura francesa ejerce una enorme influencia sobre mí, y estaba abundantemente representada en las bibliotecas de mi padre y abuelo. Por la noche, merodeaba esos libros y los devoraba a escondidas. Leí a Molière a los diez años. Relacionado con la campaña

de 1812, leí a Ségur. Sin olvidar Gil Blas. Sobre las campañas de 1813 y 1814, leí el libro de Fain, y conocí las novelas de Voltaire a los doce años.

GALITZIA

Los días y las semanas que pasábamos en verano y otoño en Winiki hicieron nacer en mí un apego muy profundo hacia la naturaleza. En ocasiones, también íbamos a Zlozcow en la Podolia austriaca o a los Cárpatos, a Kolomea. Fue así como aprendí a conocer mi país y sus contrastes llenos de encanto.

Galitzia, que se extiende desde Polonia a Silesia y hasta Moldavia y Besarabia, está limitada por uno de sus lados por la gran planicie sármata que llega hasta los Urales, y por el otro lado por los contrafuertes rocosos de los Cárpatos. Por sus condiciones climáticas, su geología, sus grupos étnicos, es de una gran variedad. Forma un mundo en sí misma. En torno a Cracovia, hace pensar en los países escandinavos; en las orillas del Pruth, recuerda un rincón de Italia; al este, tiene el carácter de Ucrania y al oeste el de los países alpinos.

Siempre tuve por este país un amor religioso y apasionado, el que los eslavos sienten por su patria. Este pequeño rincón de tierra donde he nacido siempre ha sido para mí como una madre, algo venerable, santo.

Cualquier pequeño-ruso lleva en su sangre el amor de la patria y la aspiración a la libertad. Como cualquier cosaco. Cuando este último parte para la guerra, lleva un poco de tierra cogida de un surco ante su casa y la mete en un saqui-

to. En adelante, lo llevará al pecho junto con una pequeña cruz que besa en el momento de la muerte. Cuando un pequeño-ruso regresa a su patria después de una estancia en el extranjero, se arroja al suelo y besa con fervor esa sagrada tierra.

Quien no haya visto esos inmensos campos, ese mar de espigas doradas y brillantes, la estepa, ese océano de hierba y de flores, esa tierra que se pierde a lo lejos en el cielo, esos ribazos escarpados y los seculares abetos de los Cárpatos, quien no ha visto todo eso nunca podrá comprender ni ese amor ni el carácter ruso.

En esta latitud inconmensurable donde la tierra y el cielo parecen juntarse y rivalizar en grandeza y sublimidad, el hombre tiene el sentimiento del infinito y de lo eterno. Verdaderamente, adquiere conciencia de su nada, pero eso le eleva también por encima de este pequeño mundo hacia las estrellas, que nos parecen más cercanas que en las ciudades luminosas del oeste.

El hombre ve aquí el rostro de la naturaleza, duro pero verdadero, se convierte en testigo atento de los secretos de la Creación, y la voz de Dios aún le habla como habló en el monte Sinaí o en el desierto.

Todavía vive aquí una libertad que nadie puede herir, el corazón y el espíritu emprenden juntos su libre vuelo y se rebelan contra la menor opresión y tiranía. Estas planicies, estas estepas son la cuna de la libertad y la religión.

El emperador está lejos, pero Dios está cerca.

Esta planicie infinita, igual que las montañas de los Cárpatos, está llena de encanto y poesía. Aquí, en este bosque primario o en el desierto de piedras, se experimenta un sentimiento sublime y melancólico que va derecho al corazón. Esas paredes rocosas de algunos mil pies de altura que surgen sin transición de la planicie, esas pesadas masas de

montañas con sus cimas austeras, esas columnas de granito, esos bosques y esas praderas, esos altos pilares de ciento cincuenta a doscientos metros, esos arroyos espumeantes que llenan el aire con una claridad fresca y el perfume de las flores silvestres, esas magníficas perspectivas de Tschornagora desde donde se ve de un lado la llanura sármata y, del otro, las colinas cubiertas de viñedos de Hungría, todo eso es más bello que los Alpes suizos o tiroleses. ¿Quizá se deba a que la blasfema civilización aún no ha contaminado estos lugares? Pues aquí no hay ferrocarril, ni tampoco esos arriesgados guías de montaña que con las manos tendidas esperan una propina.

El pulso de la naturaleza late aquí por todas partes.

No hay nada más bello que este bosque intacto con su calma majestuosa. En medio de los pinos y los abetos, no se oye ni el canto de un pájaro, ni un susurro de hojas. Ni una sola copa de árbol se mueve. Sólo vemos pasar las águilas trazando sus circulares vuelos.

LA LUNA

La luna siempre ha sido mi mejor amiga. Desde mi infancia me gustó en todas sus fases. Me sumergía con deleite en su luz argentada como en una revelación misteriosa. Me gustaba tanto en creciente como llena.

Y me gustaba cuando resplandecía por encima del bosque de espigas o sobre las poderosas piedras de los Cárpatos, cuando —tanto en primavera como en invierno—, la tierra cubierta de nieve se metamorfosea con su féerica luz en un océano de plata. La naturaleza, que siempre ha sido buena

y consoladora para mí, me parecía mucho más cercana cuando la luna la envolvía con su encanto seductor. Esta madre sublime de todos los seres vivos se convirtió, gracias a la luna, en una dulce amiga y una confidente.

HISTORIAS JUDÍAS

Entre todos los habitantes de Galitzia y las diversas razas que la habitan, los judíos son quizá los que despiertan a justo título el mayor interés. En ninguna parte hay tantos con su original singularidad como en Polonia y Galitzia. El ghetto polaco es un pequeño Oriente en el centro de Europa. Podemos ver como brotan ahí las raíces de Canaán y florecen las rosas de Saron.

Como el oriental, el judío polaco es o bien comerciante, o bien filósofo, o las dos cosas a la vez. Casi todos emprenden estudios de ciencia religiosa. Aquéllos que consagran toda su vida al estudio del Talmud gozan de una gran consideración. Y aún es mayor la de aquéllos que se dedican al estudio de la cábala. Son considerados como seres superiores que lo pueden todo y que, incluso, tienen la facultad de hacer milagros.

El judío polaco denomina Talmud a la “verdad oculta” y encuentra placer en alzar una punta del velo. La cábala, por el contrario, es para él un jardín encantado, un laberinto que raramente se abandona sin pena.

La capacidad de entendimiento y el espíritu brillante con que la naturaleza ha dotado al judío polaco son tales que puede encontrar en las cosas más graves un aspecto humorístico, y esas cualidades se ven reforzadas con el estudio del Talmud. Contaré a modo de

ejemplo algunas historias que aún permanecen en mi recuerdo.

Un judío llamado Moische, al que siempre le había gustado comer bien, sentía predilección por los pequeños pollos asados. Tenía igualmente otra costumbre, la de declarar su estómago “cerrado” después del queso.

Uno de sus amigos, Simon Kornblum, decidió gastarle una broma. Lo invitó a una gran cena e hizo servir todo aquello que le gustaba al otro, pero en cantidad excesiva. Moische hizo todos los honores posibles a la cena. Después de haber comido una gran porción de queso, suspiró profundamente como sólo suspira aquel que está plenamente saciado, y dijo las palabras de costumbre:

“Ah, ¡mi estómago está cerrado!”

En ese momento, entró la sirvienta con un plato cubierto.

“Oh, qué lástima, mi querido Moische, que tu estómago ya se haya cerrado, dijo el anfitrión, sólo a última hora mi mujer ha podido procurarse estos pequeños pollos que tanto te gustan y los ha asado especialmente para ti. Qué lástima que ya no tengas sitio en tu estómago.”

Kornblum levantó la tapadera y Moische contempló durante algún tiempo los pollos con tristeza. Súbitamente, una sonrisa astuta y feliz asomó a sus labios y dijo cogiendo cuchillo y tenedor:

“Qué le vamos a hacer: estos pequeños animales son tan encantadores que, aunque tengan que apretarse un poco, entrarían sin esfuerzo por el agujero de una cerradura”.

Y diciendo esto, se sirvió tan animosamente como si acabase de sentarse a la mesa.

*

Otro judío polaco que se llamaba Abraham había estado muy enfermo y vivía con el gran temor de morir pronto. Una noche, le dijo a su mujer Hadaska:

“Ponte lo más bella posible y vístete con las cosas más preciosas que tienes.”

Aunque aquel deseo la sorprendió, Hadaska se dijo que no podía negarse al último ruego de un agonizante y obedeció. Se puso su vestido de seda, su abrigo de piel, sus zapatillas bordadas de oro y sus más bellas joyas. Después se sentó a la cabecera del enfermo.

Algunos días más tarde, cuando su marido estuvo fuera de peligro, quiso saber por qué había deseado que se pudiese tan bella en el mismo momento en que se sentía próximo a su fin.

“Es muy sencillo, le respondió Abraham; verás, querida, mi tesoro, creí que el ángel de la muerte aguardaba en la puerta, dispuesto a llevarse mi alma y entonces me dije: “Si entra ahora y ve lo viejo que soy, débil y repugnante y que tú estás a mi lado, tan joven, tan bella, tan llena de vida, no tardará en hacer su elección y, al menos esta vez, seguirá su camino, prefiriéndote a mí.”

*

Cuando todos los médicos de Viena habían agotado su sabiduría y terminaron por abandonar al viejo barón Rothschild, se llamó a un cabalista judío del que se decía que tenía el

poder de hacer milagros y que vivía en Myslowicz, una pequeña ciudad de Galitzia cuya población se componía de dos mil judíos pobres.

El hacedor de milagros examinó largo tiempo al barón para saber si era posible encontrar el mal. A continuación, se acarició la barba, puso un dedo sobre su nariz y dijo:

“Sólo hay una solución: ir a Myslowicz.”

“¿Y por qué –preguntó el barón–, ¿es allí el aire tan bueno?”

“No –respondió el cabalista–, el aire no es allí mejor que en otras partes, pero desde que Myslowicz existe, no ha muerto allí ningún hombre rico.”

*

Un joven comerciante fue enviado un día por su padre a Cracovia para conocer a su novia y, en caso de que las dos partes estuviesen de acuerdo, intercambiar los anillos de noviazgo. Eso es en cualquier caso lo que prevé la costumbre entre los judíos polacos.

Como sin embargo aún era un niño cuando se tomó la decisión para él y que, justamente, acababa de enamorarse de una joven de la ciudad en la que vivía, no quiso a ningún precio casarse con su prometida de Cracovia. Obedeció no obstante a su padre, hizo el largo viaje y fue recibido por la familia de su novia de la manera más acogedora.

Tras los preliminares de rigor, le presentaron a la joven que era tan bella como espiritual y bien educada. Si su corazón estuviese libre, seguramente no hubiera puesto objeciones. Ante esa situación, sin embargo, permaneció reservado y

silencioso. El padre le hizo comprender con una señal a su hija que debía abandonar la pieza y, como el joven continuaba callado, hizo salir también al resto de la familia.

“Y bien –dijo con un tono vivo– ¿qué le parece mi hija?”

“Muy bien”, respondió el aspirante a marido y frunció al mismo tiempo el ceño con un aire preocupado, “pero, para poder juzgar bien a la mujer que se quiere esposar, hay que verla tal como Dios la ha creado. Esa es la costumbre entre nosotros.”

“¡Qué bonitas costumbres! ¿Se habrá oído alguna vez algo semejante? ¿Está usted loco?”

“Debo insistir –repitió el joven–, no puedo casarme con una mujer de la que no conozco más que la cara. Yo nunca compraría una casa de la que sólo hubiese visto el tejado.”

Pensaba así salir del paso y que aquello se resolviese sin más dificultades. ¡Se había equivocado! El padre de la muchacha se acarició la barba, reflexionó y acabó por decir: “Venga esta noche, le prometo que será satisfecho.”

El joven regresó, en efecto, a la hora convenida y fue llevado a una pieza sombría. Era por allí, le dijeron, por donde tenía que mirar: a través de una fisura de la puerta, cosa que hizo y su mirada cayó entonces sobre una pequeña habitación decorada con un lujo oriental. En el centro había una bañera. Poco tiempo después, la novia entró en la pieza, envuelta hasta los tobillos en un abrigo turco que lentamente dejó deslizar hasta el suelo y, bella como Venus, se metió en la bañera. En esto, el padre condujo al joven hasta el salón y le preguntó con un tono triunfante:

“Y bien, ¿qué me dice? ¿No es una reina, una sultana, una perla?”

“Tengo que admitirlo, dijo el joven con gravedad y dignidad, su hija es perfecta en todos los conceptos. Sin embargo debo confesarle, querido señor, que su nariz no me gusta.”

Entre los judíos polacos, algunos ejercen un oficio verdaderamente notable. Se denominan a sí mismos como “consejeros”. Cuando alguien se encuentra con dificultades o tiene necesidad de un consejo, husmean el rastro de aire que dejan como el perro de caza descubre la huella de la presa, y se precipitan sobre él para ofrecerle sus servicios.

Sin embargo, se encuentran entre ellos personas que gozan de una tal consideración que hay quien se apresura para conseguir su favor. Sus casas se ven permanentemente asediadas por clientes que esperan con paciencia el momento de ser autorizados para entrar y consultar al oráculo.

Uno de esos célebres consejeros fue a ver un día a una mujer joven, bella y espiritual, que acababa de perder a su marido, pero que era lo bastante razonable como para no despreciar un consejo.

Hacía ya mucho tiempo que ella se había liberado interiormente de todas las supersticiones, de todos los prejuicios del ghetto; en una palabra, era en todos los aspectos una mujer occidental. La fisonomía de aquel hombrecillo con su caftán que le llegaba hasta los tobillos, con sus cabellos ensortijados y su barba susurrante le inspiraba de todo menos confianza. Le causó más bien una impresión cómica. Resultó vano su intento de hacerle comprender a aquel sabio que olía a ajo que ella no tenía ninguna necesidad de él ni de sus consejos. Cuando al cabo de una hora comenzó a encontrarlo aburrido, perdió finalmente la paciencia:

“Si es tan buen consejero como pretende, dijo ella, ¡dígame de qué manera puedo desembarazarme de usted!”

“Esa es una pregunta muy difícil y un consejo caro”, respondió prontamente el pequeño judío.

“Pues bien, si es así, ya puede darse prisa en marcharse”, replicó la viuda sin más contemplaciones.

*

Ese mismo consejero fue preguntado por un posadero sobre la manera de atraer más clientela a su establecimiento. El consejero escudriñó el albergue y vio a una mujer horriblemente fea.

“¿Quién es?” preguntó.

“Es mi mujer”, respondió el posadero.

“Considérate feliz por poseer una mujer así. ¡Es un verdadero tesoro!”

Halagada, la mujer del posadero torció su cara para esbozar una sonrisa.

“Sólo tienes que hacer una cosa, añadió el consejero, coloca simplemente a tu mujer delante de la puerta. Eso bastará para atraer muchos clientes.”

El posadero sonrió.

“¿De verdad crees que mi mujer atraerá a los clientes?”

“Estoy completamente seguro, respondió el consejero; un tal malestar se apoderará de cualquier hombre que pase por aquí que no le quedará más remedio que beber un vaso de aguardiente en tu posada para reponerse de ese espectáculo.”

*

Un judío llamado Morsche se había casado también con una mujer muy fea y había trabado fuerte amistad con un médico judío conocido por Lilienbaum. A este amigo le encantaba poder irritarlo de mil maneras. Morsche soñaba con su venganza. Un día, se precipitó muy excitado en casa del médico:

“Doctor, doctor, venga rápido, dijo, mi mujer no me gusta en absoluto.”

El médico saltó sobre sus pies, persuadido de que la mujer estaba gravemente enferma y subió raudo al carruaje de Morsche para acompañarlo hasta su pueblo. Una vez allí, vio a la mujer golpeando su abrigo de piel con grandes manotazos. Los golpes vigorosos y enérgicos testimoniaban su perfecto estado de salud.

“¡Bribón! dijo el médico, tu mujer está magníficamente. ¡Me has hecho venir aquí con urgencia para nada!”

“Fue un puro malentendido, querido amigo, respondió Morsche, ¿te dije que estaba enferma? En absoluto. Sólo dije que no me gustaba. ¿Entonces, tú la encuentras bien?”

*

Ante el gran crecimiento de su población, los judíos polacos se vieron en la necesidad de hacer otras cosas además de ocuparse del comercio y del Talmud. Encontramos entre ellos, pues, obreros, cocheros e incluso campesinos. Los judíos un poco más ilustrados prefirieron sin embargo que

sus hijos hiciesen estudios más serios y la consecuencia fue que hay en Galitzia muchos judíos médicos, abogados, ingenieros, profesores y funcionarios. Tampoco faltan entre ellos artistas y escritores. Se ha dado forma, incluso, entre los judíos rusos y polacos a una nueva literatura hebrea y un teatro que utiliza una mezcla de lengua alemana y hebrea. El judío polaco es valiente y buen soldado.

Por término medio, la raza judía en Polonia y Galitzia es fuerte y bien construida; habituado desde la primera infancia al manejo de las cosas más complejas, su inteligencia natural se vio ampliamente multiplicada.

Raramente encontramos hombres bellos en Galitzia, en cambio, hay entre esa población muchas mujeres bonitas. La judía polaca es, pues, una peligrosa rival tanto para la polaca como para la rusa.

Aquel que haya visto durante la celebración del sabbat esas bellas sultanas con sus chispeantes ojos negros, sus formas generosas, cubiertas de joyas y envueltas en preciosas pieles, comprenderá entonces qué papel ha desempeñado la bella judía en la historia polaca y el que aún hoy desempeña en la sociedad de Galitzia.

*

Estarka, la bienamada mujer del rey Casimir de Polonia, es seguramente la más célebre de esas criaturas misteriosas que pertenecen tanto a Oriente como al norte.

Cuando la judía polaca permanece fiel a su religión y sus ritos, es un modelo de virtud. Entre las mujeres casadas, las que denominaríamos “galantes” constituyen una excepción.

La mayoría sólo son judías de nombre, pero interiormente se han apartado de las leyes de su religión.

Una judía así se convierte en un vampiro. Su voluptuosidad es insaciable y sus besos acarrearán la muerte, como sucedió con ciertas arpías en la Edad Media.

A la joven judía, en cambio, no se le puede reprochar nada, es casta y orgullosa.

Estarka era la hija de un judío muy rico del ghetto de Cracovia, entonces capital de Polonia. Su virtud no era menor que su belleza. Comoquiera que resistió a todos los requerimientos y artes de seducción del rey, éste aún la amaba más apasionadamente.

Finalmente decidió hacerla su mujer. Sin embargo, ella se negó a recibir el bautismo, y él debió contentarse con unas nupcias conforme a su estado social.

Fue el primer ejemplo en Europa de un matrimonio de esa naturaleza.

Los hijos nacidos de esa unión fueron educados en la fe cristiana y las hijas siguieron la ley de Moisés. Estarka consiguió del rey mayores derechos para los judíos, cuyo número aumentó considerablemente en esa época porque los judíos que huían de las persecuciones en Alemania encontraban refugio en Polonia.

Cada vez que mi nodriza me hablaba de esa bella judía que la superstición popular tenía por una bruja, un escalofrío me recorría la espalda. Se contaba que, para enloquecer al rey, Estarka hacía cocer –murmurando palabras misteriosas– las hierbas más diversas para preparar un brebaje.

Casimir estaba a sus pies como un esclavo en el castillo de Lebzov, donde ella habitaba. Ella había –esos eran los rumores– llevado el despotismo al mismo cetro real.

Aún hoy la gente dice en la región de Cracovia que los espíritus habitan las ruinas del castillo en el que vivió Estarka,

y nadie se arriesgaría a aproximarse a la caída de la noche a ese lugar sombrío y terrible.

Se deduce de esta historia que es falso hablar del odio de la población de Galitzia contra los judíos. En un país como Galitzia donde existen desde hace siglos tantas nacionalidades y confesiones, tolerarse y respetarse mutuamente es casi una evidencia. En un territorio en el que viven juntos y en concordia desde hace siglos los polacos, judíos, rusos, pequeño-rusos, rumanos, alemanes, armenios, húngaros, gitanos y turcos, un país que, en lo que concierne a las confesiones, ha acogido a católicos griegos y romanos, armenios, griegos ortodoxos, lipovianos, duchoborzos, judíos, caréenos, hassidim, luteranos, calvinistas, menonitas, musulmanes y paganos, no puede alentar odio entre las razas, persecuciones religiosas ni tampoco antisemitismo.

CUENTOS Y LEYENDAS

Hay que resaltar la fuerza y el poder de influencia que las primeras impresiones de la poesía y el arte ejercen sobre los hombres mientras que, en el transcurso de los años, incluso las obras más importantes nos dejan a menudo indiferentes. En la infancia, todo se nos ofrece como una revelación. El alma es un puñado de tierra virgen que acoge la semilla con gratitud y que la hace crecer centuplicada. Uno de mis amigos, el escultor Rodin, me contó que había tenido la misma experiencia. Me dijo lo determinantes que habían sido para él las leyendas de héroes y caballeros que su madre tenía por costumbre leerle, de qué manera el extraordinario espectáculo de las esculturas de

una vieja catedral le había hecho tomar conciencia de su vocación.

Las historias que me contaba mi nodriza, las canciones populares de cuna que me cantaba han marcado más profundamente mi manera de pensar, mi vida afectiva y mi carácter que todos los estudios que hice después. Influenciaron mi imaginación más fuertemente que la literatura clásica, los autores griegos o latinos, más aún que la música de Beethoven o Mozart o que las pinturas de Rafael y Rubens.

Durante las largas veladas de invierno, los niños permanecíamos sentados en torno a la bella y joven campesina, escuchándola con toda nuestra atención y fervor cuando hacía desfilar ante nuestros ojos las maravillosas imágenes nacidas de la imaginación terrible del pueblo eslavo.

Apenas existe un pueblo que posea una riqueza tan grande como el de la Pequeña Rusia en materia de cuentos, leyendas y cantos. Existe entre nosotros, además, un género de poesía popular que no aparece en ningún otro país y que podríamos denominar la novela popular. Al lado de las leyendas de los poderosos zares, de las bellas zarinas, de los valientes héroes, de los hechiceros, de los animales fabulosos, de los gigantes y gnomos, hay relatos que nos ofrecen un testimonio de la vida del pueblo en épocas más antiguas. Conforman el fondo verdadero sobre el que el pueblo ha bordado sus flores fantásticas.

Intentaré reconstituir algunos de estos cuentos, leyendas y novelas populares de la manera más exacta posible, tal como los he oído de boca de mi nodriza y tal como aún hoy se cuentan a orillas del Pruth, del Dniestr o del Dniepr, cuando, en invierno, las mujeres se sientan y tejen en torno al fuego de las chimeneas.

FIDELIDAD ETERNA

Un rico comerciante de Kiev tenía tres hijos. El mayor regía un comercio que llevaba con gran habilidad y una sabia previsión, y por lo cual se le testimoniaba la más grande estima. Había hecho venir de Moscú a su esposa, una mujer rica, bella e inteligente que todo el mundo le envidiaba.

El segundo, Peter, llegó a hacerse soldado y su padre también estaba contento de él. Había hecho campaña con el zar contra Constantinopla y regresó con un rico botín y una bella mujer, una joven sultana, inteligente como la reina de Saba. Sólo el menor, Nikolaus, a pesar de sus excelentes cualidades, le causaba al padre preocupación. Era, en efecto, un soñador, a quien no le gustaba ni el comercio, ni la guerra, ni las mujeres. Se pasaba el invierno sentado en un banco y ante una estufa, el verano bajo un tonel detrás de la casa. Tocaba el violín, cantaba antiguas baladas heroicas, leía viejas crónicas o pintaba iconos. Todos creían que no servía para nada, pero a pesar de todo lo querían, pues tenía un buen corazón y se hacía comprender como nadie contando historias.

En vano su padre había intentado convencerle de que había llegado el momento de escoger un oficio o tomar mujer. Escuchó con paciencia las amonestaciones de su padre, pero continuó viviendo como él lo entendía.

Un día, su padre decidió abrir un negocio en Kharkov y envió allí a su hijo con la mercancía. Después llenó sus bolsillos de dinero, le dio una carta para un comerciante de Kharkov que se llamaba Isaak y sonrió cuando Nikolaus se despidió de él besándole las manos. Sin embargo, una idea rondaba su cabeza, idea que se cuidó bien en no compartir con nadie. El carruaje —escortado por hombres armados— se

puso en movimiento, y Nikolaus seguía a caballo, como un verdadero caballero, sable a la cintura.

Llegado a Kharkov, Nikolaus hizo descargar el carruaje ante la casa para librar la mercancía. Después, entregó la carta. Una vez leída la carta y la mercancía examinada, se estrecharon las manos para sellar el acuerdo. El comerciante le invitó a permanecer tres días en su casa y se comprometió a pagar la mercancía al término de ese plazo. El joven se manifestó conforme y, acto seguido, Isaak lo condujo a la casa.

A la entrada del comedor fue acogido por Marfa, la hija del comerciante. Adornaba su cabeza con un *kokoschnik* magnífico y vestía un *sharatan* de seda roja. Ella le tendió el pan y la sal. Por primera vez en su vida, Nikolaus sintió que su corazón latía más rápido en presencia de una mujer y, como la bella Marfa hizo los días siguientes todo lo que el arte de la seducción femenina puede imaginar para conquistar a un hombre, éste pronto se encontró preso en sus redes.

Al tercer día, Isaak pagó la mercancía como prometió. Después, pasándose la mano por la barba, dijo sonriendo: “Me parece que mi hija te gusta y estoy seguro que tú también a ella. Si quieres aceptarla por mujer, yo te doy mi bendición.”

Lleno de alegría, Nikolaus aceptó aquella proposición generosa. Y, cuando Marfa entró y saludó con una adorable sonrisa, tuvo la impresión de que las puertas del paraíso se abrían ante él.

“Nikolaus acaba de pedir tu mano, dijo Isaak. ¿Quieres seguirlo?”

“Con todo mi corazón”, respondió la joven.

Nikolaus puso un anillo en su dedo y besó su bella frente. Cuando cayó la noche y la luna clara apareció en el cielo, el feliz novio sintió ganas de salir. Abandonó la casa y se diri-

gió al jardín. Percibió una ventana en la que había luz, y su mirada se detuvo en la misma con la esperanza de ver a Marfa, y, en efecto, la vio peinándose ante un espejo. Pero, ¿para quien se ponía tan bella?

Marchó hacia el río, subió a una barca y se dejó llevar por la corriente sobre la que los árboles mecían sus largas ramas. Cerca de la ciudad, al regresar, vio a una pareja de enamorados sentados en la hierba debajo de un sauce. Era Marfa con un boyardo. Oyó sus voces en el silencio de la noche, que llegaban claramente hasta él.

“Como tú no puedes hacerme tu esposa, decía la hija del comerciante, me decidí a ser la de un idiota de Kiev que se ha imaginado verdaderamente que le amo ¡pero yo sólo te amo a ti, sólo te perteneceré a ti!

El boyardo la atrajo contra su cuerpo, y la abrazó y besó en la boca.

Nikolaus regresó de prisa a la casa de Isaak, cogió su dinero, dejó una nota en su habitación y volvió a embarcar, pero esta vez para dejar Kharkov para siempre.

“Tenía razón en evitar a las mujeres, se dijo, su amor y su fidelidad son como un palacio de invierno construido por las Ondinas.”

Viajó toda la noche. Ya de mañana, llegó a una ciudad desconocida en la que reinaba una agitación general.

“¿Qué ocurre aquí?, preguntó. “¿A qué se debe tanto ajetreo?”

“Se ve que eres extranjero, respondió un campesino. Hoy van a ejecutar a la boyarda Aldona Baragrait.”

“¿Qué crimen ha cometido?”

“Asesinó a su marido.”

“¿Y por qué razón?”

“Porque le era infiel.”

“¿Tanto le amaba?”

“¡Oh, sí!”

“¿Y por qué la traicionó él?”

“Porque quería un cambio. Sin embargo, Aldona es una mujer de la que cualquiera estaría satisfecho. Nunca se ha visto una belleza igual.”

Movido por la curiosidad, Nikolaus siguió a una muchedumbre que se dirigía hacia una plaza. Allí ya estaba preparado el cadalso; el verdugo, apoyado sobre su espada, esperaba a la víctima. La campana de los pobres pecadores comenzó a tañer; la condenada, acompañada de gendarmes a caballo, se acercaba en un carruaje.

Era ciertamente una mujer maravillosa, de una extraordinaria belleza y llena de encantos. Su rostro en modo alguno era el de una criminal. Sus ojos, azules y dulces, miraban en torno de ella con tranquilidad. Se notaba que estaba en paz con Dios. Descendió lentamente del carruaje y subió con la seguridad y el orgullo de una zarina los peldaños que la llevaban al cadalso.

Ya se había arrodillado, dispuesta a recibir el golpe mortal; el verdugo desenfundó su arma mientras Nikolaus se abría paso entre la muchedumbre. El corazón le latía con violencia y oyó una voz que le decía: “No dejes morir a esta mujer, sálvala. Es víctima de su amor, ella es capaz de una gran fidelidad.” Creyó que podría salvarla si la hacía su mujer. También sintió que la amaba.

En el mismo instante en que el verdugo alzaba su espada, el joven gritó: ¡Deteneos! ¡Deteneos! La tomo por esposa. La he elegido.”

El verdugo dejó caer su arma. Durante un breve momento se hizo un silencio profundo, después la muchedumbre aclamó a Nikolaus que subió los peldaños del cadalso y liberó a Aldona de sus ataduras. Ella, aún de rodillas, le contemplaba, silenciosa y llena de asombro.

El sacerdote que la había acompañado al pie del cadalso le dio acto seguido su bendición y Nikolaus la estrechó contra él. Ella le siguió dócilmente sin que una palabra saliese de sus labios, ni siquiera un suspiro. Nikolaus encontró un carruaje que condujo a la pareja hasta el castillo de la joven mujer y llegaron allí a la caída de la noche.

Aldona, que permaneció callada todo el tiempo, fue acogida con lágrimas de alegría por su vieja nodriza y llevada a su habitación; allí comenzó a engalanar a su ama para la noche de bodas.

Cuando Nikolaus entró, pudo ver a su joven esposa sentada sobre cojines de seda y vestida con una *schuba* forrada de piel. Su hermosa cabeza estaba cubierta por un espeso y brillante velo. Su cuello y sus brazos estaban adornados con joyas.

“Te he salvado porque te amo, dijo, no espero agradecimiento pero déjame estar cerca de ti. Tal vez consiga ganar tu corazón; si no fuera así, me marcharé dentro de un mes.”

“No desees mi amor, dijo ella, pues lleva a la muerte.”

“No tengo miedo”.

“El hombre es infiel. Si tú me traicionas, te mataré.”

“Y yo te mataría si amases a otro, respondió Nikolaus, pues la mujer también es infiel.”

“Buscas tu desgracia”, repitió la joven mujer en voz baja.

“¡Prefiero morir por ti que vivir sin ti!”

Ella le observó detenidamente y sonrió:

“¡Te pongo en guardia una última vez!”

“¿Por qué hablar de muerte? Como tú no me amas, no tendrás por qué matarme.”

“Te mataré porque te amo.”

Nikolaus permaneció callado.

“No te acerques a mí a menos que estés seguro de tu corazón, pues si me perteneces, ya no te devolveré tu libertad.”

A modo de respuesta, Nikolaus se arrodilló ante ella.

“¿No tienes miedo de mí?”

Nikolaus movió la cabeza.

“Bien, ¡entonces despójame del calzado!”, ordenó con un tono imperioso.

Ella le tendió su pequeño pie dentro de su zapatilla bordada en oro, signo –según la costumbre rusa–, de que ella se le ofrecía.

Un mes más tarde, Nikolaus regresó a Kiev con su bella esposa y pesados tesoros. Su padre, lleno de alegría, lo acogió con asombro. El joven matrimonio vivió feliz y en paz. La boyarda no mató a su segundo marido, y ella nunca le dio ocasión de quitarle la vida.

PAN TWARDOWSKI

En la época del rey Segismundo Augusto de Polonia vivía un gentilhombre llamado Twardowski. Después de haber gastado toda su fortuna, se consagró a los estudios científicos. Adquirió tal saber que fue nombrado profesor en la universidad. A través de su magia, tenía incluso poder sobre el infierno. De esa manera obligó al diablo a hacerse presente y a que firmase un pacto con él.

El diablo en modo alguno se negaba a servirle, pero ponía una condición. Una vez que Twardowski entrase en la ciudad de Roma, perdería su poder. El mago, sonriendo, inscribió su nombre al pie del contrato y dio su palabra de gentilhombre.

“Nunca iré a Roma, se dijo pasándose la mano por la barba, pues no siento curiosidad por ver al papa.”

Con la ayuda del diablo, Twardowski se dedicó a las comilonas, el fasto y la pompa. Como si el mundo le perteneciera, entraba a saco lo mismo en el serrallo del sultán de Constantinopla que en el mercado de Nijni Novgorod. Siempre estaba rodeado de hermosas mujeres y de alegres compañeros de mesa. Cada día le aportaba una aventura galante o una broma impagable. Adquirió también un renombre particular como médico, pues curaba a cualquier persona que se confiase a sus cuidados. Muchas veces, el diablo se vio obligado a ir a Asia, a las Indias o Arabia para encontrar una cierta hierba maravillosa. También con frecuencia tuvo que luchar contra el fantasma de la muerte, para arrancarle una víctima a quien Twardowski quería salvar a toda costa.

Cuando en una ocasión llegó a curar al rey, se le confirieron los más grandes honores y poco después fue llamado como consejero para todos los asuntos de importancia.

Cierto día, un sirviente se presentó a Twardowski y le rogó que acudiese lo más rápidamente posible al albergue conocido como “Ciudad de Roma”. Un rico extranjero, muy enfermo, solicitaba su ayuda.

Twardowski cogió su caballo y se puso inmediatamente en camino. Cuando llegó al albergue sólo encontró a la señora del lugar sentada al lado de la cuna de su hijo.

Ésta no sabía nada ni del enfermo, ni del sirviente que le habían enviado.

En aquel momento, golpearon a la puerta y el diablo, vestido como un alemán, entró, con el contrato en la mano. Twardowski protestó, le trató de estafador y acusó finalmente al diablo de haberlo metido en una encerrona. Apenas el diablo comenzaba a defenderse cuando el mago cogió entre sus brazos al inocente niño de la posadera. Esperaba de ese modo poder defenderse contra las fuerzas del infierno.

El diablo se contentó con sonreír y dijo:

“Ah, bien, ahora sé lo que vale la palabra de honor de un gentilhomme polaco.”

Ante esa frase, Twardowski devolvió el niño a su madre y se entregó al diablo, que lo llevó por los aires.

Sin embargo, en el momento en que se encontraban sobre Cracovia, las campanas comenzaron a tocar el ángelus y Twardowski entonó el cántico en honor de la santísima Virgen María que su madre le había enseñado en su infancia. El diablo se vio entonces obligado a soltar a Twardowski. Después, el mago flotó en el aire entre el cielo y la tierra. Y fue ahí donde tuvo que esperar su redención hasta el Juicio final.

Su ayudante, que se había transformado gracias a la magia en araña negra aferrada al abrigo de su señor, había sido transportado con él por los aires, y, aunque con dificultad, consiguió tejer un hilo que descendía hasta la tierra. Desde entonces, va y viene infatigablemente bajo forma de araña para llevarle cada cien años noticias de la tierra a Twardowski.

Existe otra variante muy divertida de esta leyenda del Fausto polaco. Twardowski participa con su mujer y algunos de sus amigos en un banquete que ofrece un misterioso extranjero en el albergue conocido como “Ciudad de Roma”. El diablo aparece en lo mejor de la fiesta, con el contrato en la mano.

“Es verdad que has firmado un pacto con Twardowski, dijo entonces con astucia la joven y bella mujer del mago, pero no conmigo. Así, pues, puedo reivindicar sobre él los mismos derechos que tú. “

El diablo, que en principio quería evitar los tribunales, se declaró dispuesto a aceptar la proposición de la mujer que

consistía en que, antes de que ella le cediese a su marido, debía cumplir las condiciones siguientes.

En primer lugar, la hermosa mujer exigía que el diablo montase el caballo que estaba pintado sobre la pared de la posada. En segundo lugar, el diablo debía construirle un palacio con materiales tan singulares como: gotas de agua, granos de adormidera y barbas de judíos.

El diablo cumplió esas condiciones ante los asombrados ojos de la mujer, y acompañó esas maravillas con una maliciosa sonrisa y sin la menor dificultad.

Sin embargo, el diablo no pudo cumplir la tercera y última condición, lo que lo puso en fuga. Le había exigido que viviese con ella un año entero.

EL PARAÍSO PERDIDO

Los rusos son un pueblo de campesinos. Aún hoy encontramos en los países eslavos antiguas costumbres e historias que dan testimonio de que este grupo étnico era pacífico en sus orígenes y que fue de los alemanes de quien aprendieron a manejar la espada y hacer la guerra.

Se cuenta, por ejemplo, que la princesa de Bohemia fue obligada por el Reichstag a elegir esposo, que se le enviaron mensajeros a los que respondía, se dice, que sólo aceptaría casarse con el hombre que recibiese a sus propios mensajeros a una mesa de hierro. En el transcurso de su viaje, los mensajeros encontraron a Przemis que estaba labrando los campos de su padre. Éste la invitó a compartir una comida frugal sobre la placa de su arado, y fue así como se convirtió en el primer rey de Bohemia.

Piast, el primer rey de Polonia, también era de origen campesino.

Ilya Murometz, el héroe de la epopeya nacional rusa, también salió del campesinado. Mientras que sus hermanos cultivaban los campos, él se pasaba los días en casa ante una estufa. Por esa razón, se le miraba como a un hombre débil. No obstante, en cierta ocasión en que el pueblo se sintió amenazado, y buscando a alguien que pudiese defenderlo, se trajo una espada que nadie fue capaz de levantar; entonces Ilya hizo el intento y consiguió blandirla. Ese gesto hizo de él un héroe y fue el origen de una leyenda profunda que dibuja el carácter y el destino del pueblo eslavo. Como él, la raza eslava permaneció mucho tiempo inactiva, pero en la actualidad blande de nuevo su espada inmensa sobre Europa y Asia.

El amor testimoniado a los campesinos es completamente característico de toda la literatura y cultura eslavas. Turguéniev, por ejemplo, que —cuando describe las capas altas de la sociedad— evoca siempre caracteres desdichados, sin fuerza de decisión y que, en sus retratos de la aristocracia, de la burguesía o de los empleados, se revela como un pesimista que anuncia la decadencia, ese mismo Turguéniev se siente feliz cuando encuentra un campesino ruso y respira el aire puro y fresco de un pueblo. Ama verdaderamente al campesino y recobra la salud en compañía de esas gentes sencillas y buenas. Gracias a ellos, incluso se siente optimista y heraldo de un futuro mejor. Basta con pensar en *Choeur y Kalinitsch* —en *Memorias de un cazador*— y en su maravilloso idilio *Mi pueblo*, de sus poemas en prosa. Yo también estoy desde mi infancia lleno de ese amor por el pueblo sencillo y los campesinos, e incluso hoy, entre el lujo y esplendor de la vida parisina, las chozas de mi patria, rodeadas de árboles frutales y de verdes setos en los que las

golondrinas hacen sus nidos, regresan a mi memoria, venidas de lejos, como un paraíso perdido.

LA ROCA DEL DIABLO

Fueron días de una felicidad perfecta los que pasé casi todos los veranos en el campo, en el encantador pueblo de Winiki. Vivíamos en una pequeña casa rodeada de un gran jardín. Me habían regalado una pequeña escopeta y mi padre me enseñó a manejarla. Mientras que en la ciudad nunca me dejaban salir solo, gozaba en el pueblo de una completa libertad. Me sirvió para pasar días enteros recorriendo el lugar.

Mi mayor placer consistía en tumbarme en la hierba como un escarabajo, en el inmenso bosque de hayas que se extendía muchas leguas a la redonda. En aquel lugar, en aquel desierto verdeante, bajo aquellos árboles seculares, en aquella catedral de follaje que raramente atravesaba un rayo de sol, dentro de ese gran silencio que sólo rompía el susurro del viento en las altas cimas, me sentía lleno de un profundo sentimiento religioso.

A menudo permanecía sentado durante horas en la rama de un árbol, soñando con todo y no importa qué, y esperaba una aventura cualquiera. Lo mismo me sentía un caballero errante como Robín de los Bosques, o un paladín.

Se encuentran en mis obras las imágenes y las escenas que entonces se grabaron en mi alma sensible.

Nunca olvidaré, pues, el encuentro —profundamente turbador— que me acaeció una tarde en aquel bosque. Había matado un pequeño pájaro, el disparo aún expandía su eco

entre los troncos rojizos, el humo se disipaba lentamente entre los pies de los frambuesales y entonces vi, saliendo de una nube de bruma de los tallos, una aparición extraordinaria: un anciano con camisa de penitente apoyado en un bastón. Como si quisiese amenazarme, alzó la mano y me conjuró diciendo que, si no quería que cayera sobre mí la cólera del Creador, dejara de verter sangre.

Cuando de nuevo desapareció entre la maleza, sentí que mi corazón latía desbocado e hice la señal de la cruz: “Fue Caín el primer asesino, y Ahasverus, el judío errante”, me dije.

Un viejo campesino que me encontré cuando ya regresaba me dijo que era un “Viajero”, uno de esos monjes expiadores de una secta que impone a sus miembros un peregrinaje eterno y les obliga a dormir al raso.

La roca del diablo también ejercía una gran fuerza de atracción sobre mí. Era una columna de granito que se elevaba a gran altura en el bosque, desde cuyas verdes cimas se tenía una vista magnífica de la llanura de Podolia hasta la frontera rusa.

Allí fui sorprendido una vez por una tormenta verdaderamente terrible. Encontré amparo bajo una vieja haya y pude contemplar un espectáculo a la vez horrible y sublime. La tempestad torcía los árboles, los relámpagos rasgaban las nubes, los truenos hacían temblar la tierra y los torrentes desbordados por la inmisericorde lluvia que caía desde el seno de las nubes se precipitaban en el abismo en torno a mí.

Apenas instalada otra vez la calma, el bosque y los campos volvieron a brillar de silencio y tranquilidad. Yo contemplaba el sol que atravesaba las nubes en su huida y el brillante arco iris que unía el cielo y la tierra. Mientras atravesaba los campos para regresar a casa, ya había caído la noche.

IWAN EL TERRIBLE

Me encontré con unos pastores en la garganta de la montaña. Estaban sentados alrededor de una hoguera cuyas llamas ascendían al cielo. Sus caballos, que permanecían atados por las patas, pastaban tranquilos. Sólo se oía de vez en cuando el tañido de una campana y los acentos melancólicos de una pequeña flauta rusa.

Me acerqué a su fuego y los saludé: “¡Bendito sea Jesucristo!” – “¡Y por toda la eternidad, amén!” me respondieron.

El más anciano me invitó a sentarme cerca de ellos y, después de haber admirado mi escopeta, continuaron, tranquilos y graves, escuchando los relatos del más anciano sobre Iwan el Terrible.

El zar, a causa de sus pecados que clamaban al cielo, había caído en una profunda melancolía.

Cuando un día atravesaba Moscú en un baldaquino de oro, vio –en la tienda de un rico comerciante– a Wassilissa Melentjewna quien, con sus dorados cabellos, era tan bella como una *russalka*. Ella evitó su mirada como la paloma evita la del águila, pero fue en vano, la tomó por esposa y tres días más tarde, la tiara de la zarina ornaba su cabeza.

Al principio ella le temía, después comenzó a odiarle y, finalmente, lo hizo su esclavo.

Iwan la adoraba. Cuando una noche, los fantasmas de aquellos a quien había asesinado venían a atormentarlo – y, entre ellos, el de su hijo, que había muerto por su propia mano, y de los boyardos y popes que había hecho matar– después de haber errado como Caín por las inmensas y suntuosas salas del Kremlin, buscó refugio en Wassilissa. Sin embargo, cuando la encontró ella dormía y no se atrevió a despertarla.

la; entonces se detuvo al pie de su cama, meditando sobre su belleza y su inocencia.

No obstante, un diablo duerme en toda mujer, y, con el tiempo, la paloma se convierte en tigresa.

Iwan hizo construir en Moscú —por un gran arquitecto— la catedral Vassili Blagenoy en honor de Basilio el bienaventurado. Cuando el artista terminó su obra maestra, un celoso orgullo se apoderó del zar. Buscó, pues, el medio de impedir que una catedral semejante fuese construida en otro país, pues no quería que otro soberano pudiese poseer algo parecido.

Wassilissa, a quien le confió sus temores, le prometió acabar con sus preocupaciones a condición de que le dejase completa libertad. Cuando Iwan le dio su acuerdo, la zarina invitó al arquitecto a un gran banquete. Durante aquella velada en la que estaba sentado frente a ella, la zarina exclamó de pronto:

“¡Qué manera de mirarme! ¡Como si yo fuese cualquier mujer! ¿Has olvidado que soy la zarina? ¡Jamás volverás a mirarme de esa manera!”

A una señal suya, un esbirro entró acompañado de dos ayudantes. Amordazaron al arquitecto y lo cegaron con un hierro incandescente. Su riqueza inventiva le valió el elogio del zar.

Cuando Iwan, atormentado por el recuerdo de sus crímenes, se volvió loco, la zarina hizo venir a un ermitaño venerado como un santo por su profunda piedad. Éste le dio al peccador imperial el consejo de hacer penitencia por medio de la oración, el ayuno y los golpes de cilicio.

“¿Pero quién se atrevería a dar de latigazos al zar Iwan más que la zarina, que es ella misma una cabeza coronada?” dijo Wassilissa. Iwan el Terrible le concedió ese derecho.

Y cada vez que los pavorosos fantasmas de sus víctimas apa-

recían en la noche y exigían que rindiese cuenta de sus crímenes, el zar se presentaba en camisa de penitente en los aposentos de la zarina y le pedía de rodillas que salvase su alma.

Entonces, Wassilissa Melentjewna se levantaba de su suntuoso lecho y se ponía su abrigo de cibelina bordado en oro. Después le ataba al zar los brazos a la espalda, alzaba su camisa de penitente y lo castigaba con tanto vigor que la sangre del ser cruel brotaba bajo los golpes.

“Que Dios nos libre del pecado y no nos deje caer en la tentación”, así finalizó el anciano su relato, santiguándose.

MUERTE EN EL BOSQUE

En ese instante, llegó corriendo una joven y gritó:

“¡Hay un muerto en el bosque!”

“El rayo lo habrá abatido” dijo el anciano pastor.

“No, tiene una bala en el pecho.”

Nos levantamos y seguimos a la muchacha.

Un hombre corpulento y bello, pálido y cubierto de sangre yacía en un claro, tendido sobre la espalda, con una pistola en la mano. Lo contemplamos en silencio, a la débil luz de la luna que parecía inundar el claro con una luz argentada. Era un joven noble de los aledaños. Me pareció, tal como estaba allí, sereno con su rostro severo y enérgico. Sentía por primera vez lo que hay de sublime en la muerte y no estaba lejos de envidiar su trágico destino. El fantasma del honor se levantaba ante mí como un espectro y acabó apoderándose de mi alma infantil.

A la mañana del día siguiente, se comentó que el desdichado había muerto en un duelo a causa de una mujer.

Sentí una extraña curiosidad y, al mismo tiempo, la necesidad irresistible de ver a esa mujer; al caer la noche, corrí a través de los campos hacia la mansión que ella habitaba y vi el jardín, oculto tras los setos. Me acompañaba un joven que había venido del pueblo. No tuvimos que esperar mucho tiempo.

Una mujer esbelta, alta y de bellas formas descendió la escalinata, acompañada de dos muchachas y un hombre joven. Comenzaron a jugar a la raqueta sobre la hierba y oímos sus felices risas.

“Es la dueña de la propiedad”, me dijo mi acompañante señalando a la bella y joven mujer.

Seguí durante algún tiempo con mi mirada sus flexibles y graciosos movimientos y después me encaminé lentamente a casa, sumido en el pensamiento de ese eterno enigma que aún nadie ha podido dilucidar: la mujer, ese misterio seductor y cruel a la vez.



II

ESCRITOS AUTOBIOGRÁFICOS
DE LOS AÑOS 1876-1886



UNA AUTOBIOGRAFÍA

Nací el 27 de enero (aniversario de Mozart) del año 1836 en Lemberg, capital del reino de Galitzia. La familia de mi padre es de origen español. Uno de mis antepasados, Don Mathias Sacher, se batió como comandante de caballería con el emperador Carlos V, resultó herido durante la victoriosa batalla de Mühlberg contra los protestantes alemanes, fue entonces trasladado a Bohemia donde se casó con la marquesa Clementi y se quedó en el país. El profesor Schleicher, el célebre lingüista, me dijo que mi ascendencia española estaba verificada y que tampoco dudaba de mis orígenes árabes. El nombre de Sacher puede estar ligado a más de cincuenta raíces de la lengua árabe, es frecuente en esos pueblos e incluso existe un poeta llamado Sacher del que se hace mención en la *Hamasa*, antología de poemas árabes establecida por Rückert.

A través de mi abuelo, –Johann Nepomuk, caballero von Sacher–, la familia llegó a Galitzia en la época en que el país se hizo austriaco durante la escisión de Polonia. Mi abuelo fue consejero gubernamental y administrador de Galitzia; en el desempeño de sus funciones se ganó el aprecio y la confianza de la aristocracia hasta el punto de que lo acogió en su seno y, finalmente, acabó haciendo de él un autóctono.

Mi padre fue director de la policía de Galitzia y consejero de la Doble Monarquía. Leopold, caballero von Sacher-Masoch, fue un hombre de estado que adquirió méritos particulares durante las revueltas polacas de 1831, 1846 y 1848. Mi madre, Carolina von Masoch, fue la última de una antigua familia eslava. Mi padre unió, pues, con la autorización del emperador de Austria, como era costumbre entre las familias aristocráticas, su nombre con el suyo y la familia lleva desde entonces el de Sacher-Masoch.

Yo pasé mi infancia en un edificio de la policía. Pocas personas saben aún hoy lo que eso quería decir en la Austria anterior a 1848: soldados-policías que capturaban a los vagabundos y delincuentes encadenados, funcionarios de rostro sombrío, censores flacos y rastrosos, espías que no se atrevían a mirar a nadie a los ojos, las salas de castigo corporal, ventanas con barrotes a través de las que se veían allí putas maquilladas y alegres, además de los conjurados polacos melancólicos y pálidos. ¡Dios sabe que aquel no era un entorno agradable!

Por suerte, eso sólo lo soportaba en invierno, e incluso durante esta estación, esas horribles impresiones apenas traspasaban la puerta de nuestra casa detrás de la cual, mi madre, dulce e inteligente, que sólo vivía para su marido y sus hijos, lo llenaba todo con su luz serena y bienhechora. Mi nodriza quizá ha ejercido sobre mí una influencia aun más grande; era una rutena de la región de Lemberg. Permaneció durante mucho tiempo en nuestra casa y durante todos esos años, fue la idolatrada de los niños. Era una mujer alta y fuerte, y, muchos años más tarde, encontré su dulce rostro en Florencia en los rasgos de la noble y dulce madonna della Sedia pintada por la mano del maestro Rafael. Ella me contaba todas esas bellas historias, esos cuentos maravillosos que viven aún en la boca de nuestro pueblo ruteno, tan rico en su imaginación. Me hablaba del ladrón Dobosch y de la bella Estarka, la Pompadour judía de Polonia, de la desdichada Barbara Radziwill, de Bogden Chmielnizki que, a la cabeza de sus cosacos, obligó a huir a la aristocracia polaca en tantos campos de batalla, me contó la historia del valeroso Pototzki que expulsó a los polacos y se volvió loco cuando una noche, en el balcón de su castillo en Ucrania, oyó un canto popular que lo santificaba para siempre, me cantaba todas esas bellas canciones melancóli-

cas, las que canta el campesino de la Pequeña-Rusia y que no tienen equivalente en cuanto a su fuerza, la poesía y melodía que os llega al corazón.

La verdadera época de alegría era Navidad, cuando los hornos estaban encendidos día y noche, cuando se levantaba un enorme pesebre y contemplábamos al Niño Jesús en su establo entre la vaca y el asno, los pastores que llevaban sus regalos y los tres Reyes Magos, y veíamos en lo más alto la estrella de papel dorado que les indicaba el camino. Permanecíamos sentados alrededor, los niños, la nodriza y los demás sirvientes y cantábamos las deliciosas *kolendi*, los cantos de Navidad, en las que el pensamiento profundo de nuestro pueblo rivaliza con un humor festivo.

Pronto llegó una sirvienta francesa y yo no tardé en hablar el francés tan bien como mi lengua materna. Me contaron aún otras bellas historias y me hice tan familiar de *Barba Azul* y de la *Cenicienta* como del *Gato con Botas*, lo mismo que del astuto Iwanov a quien se le dio tan bien abusar de los judíos, y de la cruel Russalka que seducía a las bellezas jóvenes para estrangularlas con su cabellera de oro.

Sin embargo, nada me causó más impresión que el mago Twardowski. Yo escuchaba, todo oídos y con el aliento cortado, sus divertidas aventuras y temblé por él cuando un sirviente desconocido lo invitó en Cracovia a una posada que tenía el nombre de “Ciudad de Roma”, pues yo sabía que detrás de todo eso había un pacto con el diablo al que tenía que buscar en Roma, y que el infierno lo había equivocado. Sin embargo, en el momento en que aparece el diablo, Twardowski se apodera del inocente niño de la posadera para protegerse, y el Maligno dice: “¡Ahora sé lo que vale la palabra de un gentilhombre!” La observación hizo su efecto, Twardowski devolvió el niño a su madre y se entregó al diablo. ¿Existe alguna historia parecida para infundir en

el alma infantil un germen así del sentimiento del honor? ¡Y la manera en como el diablo lleva a Twardowski por los aires y como este último escucha el tañido de las campanas de la iglesia de la Virgen para el *ave*! Comienza en ese momento a susurrar la oración a la madre de Dios que la suya le había enseñado, el diablo entonces lo abandona y lo deja flotando: Twardowski permanece así entre el cielo y la tierra y aún hoy sigue flotando, y, cada cien años, una araña sube hasta él y le lleva noticias de la tierra. ¿Puede haber una imagen más bella para el hombre y sus aspiraciones?

Muy pronto se manifestó en mí un instinto que me empujó a representar lo que veía y así fue como nosotros interpretábamos, pequeños y grandes, todas esas encantadoras historias con una preferencia por Twardowski y Barba Azul. Mi primo –con el rostro pintado de negro– era un diablo insuperable, mientras que yo interpretaba el papel de Twardowski. Levantábamos, con sillones y otros muebles un magnífico castillo y un compañero de juegos –que después llegaría a ser un valeroso oficial– era Barba Azul, su mujer era la francesa con un viejo *kazabaika* –un vestido rojo adornado con armiño–, y yo era uno de los hermanos que traspasaba con sus golpes al tirano sanguinario en una torre que, de hecho, era la mesa del comedor.

En verano, siempre íbamos al campo –a Zlazow–, o al bello pueblo de Winiki; tenía una escopeta y un zurrón de cazador y recorría el pueblo, el bosque, los lagos y montañas, como dueño y señor de mi persona. Podía estar durante horas sentado en la “roca del diablo” y contemplar la inmensidad de la llanura de Podolia. Ya en esa época, los campesinos de Galitzia eran las gentes que yo prefería. Me gustaba frecuentarlos y tomaba parte febrilmente en sus relatos cuando me hablaban de la época de los cosacos, de las masacres de la aristocracia polaca, de la vida de los ladro-

nes en los Cárpatos. Fue en esa época y en el mismo momento cuando se despertó en mí ese amor por la naturaleza de lo que hoy me vanaglorio en mis historias inspiradas por los Cárpatos. Mi padre me llevaba, por muy pequeño que fuese entonces, no solamente a la caza de la perdiz y del pato salvaje, sino también, en invierno, a la caza del lobo. Yo ya era en esa época un perfecto soldadito. Todos los días venía a verme un sargento, que me adiestraba en los ejercicios militares y la gimnasia.

Durante las largas tardes de invierno, leía mucho y con placer, particularmente en francés. Mis libros preferidos en esa época eran *Don Quijote*, los *Viajes de Gulliver*, *Telémaco*, una suerte de *Iliada* y *Odisea* en prosa, *Pablo y Virginia*, y los *Cuentos* de Andersen. La historia del patito feo me arrancaba lágrimas, aunque por esa época yo no podía saber que un día me vería expuesto a las mismas persecuciones en el gallinero de la literatura alemana.

Había cumplido los diez años cuando, sin otra intención que la de complacer a mis hermanas menores, hice mis primeros intentos literarios. Escribía piezas que quería representar con un pequeño teatro de marionetas, y escribí una historia que me había contado un viejo campesino para poder hacerla comprender mejor a mis hermanas.

Las horribles escenas del año 1846 han permanecido inolvidables para mí. Mi padre tenía la tarea de proteger el este del país de las revueltas, descubriendo y arrestando las cabezas de la insurrección de Lemberg; cuando al mismo tiempo estalló la revolución polaca en el oeste y los campesinos se opusieron a la nobleza, abatieron a los insurgentes, quemaron las mansiones aristocráticas y provocaron un horrible baño de sangre; el comportamiento de mi padre fue apreciado y alabado por los polacos. Un solo jefe de la insurrección escapó a la cautividad en Lemberg, reagrupó en

Gorozani a los conjurados y los campesinos pero estos últimos se revolvieron también contra los polacos. Fue el único lugar al este donde corrió la sangre. Yo vi llegar a los insurrectos, algunos muertos, otros heridos, aquel negro día de febrero, escoltados por los campesinos armados; los arrojaban a una pequeña carreta miserable, la sangre goteaba de la paja y los perros venían a lamerla.

Mi padre fue destinado en 1848 a Praga, la capital del reino de Bohemia; allí también asumió las funciones de director de la policía, pero esa actividad nunca tuvo una influencia represora en mi evolución intelectual. Al contrario, es a esas funciones a lo que le debo mis conocimientos lingüísticos y mi familiaridad con las ciencias naturales. No había nada que mi padre no coleccionase. Escarabajos, mariposas, plantas, minerales, petrificaciones. Cuántas veces le ayudé a buscar piedras, cuando, con un amigo de más edad, el extraordinario Barante, buscaba trilobites en las canteras de piedra cerca de Praga; yo me metía en un estanque para conseguirle coleópteros acuáticos. También en Bohemia lo acompañaba cuando iba de caza, pero allí sólo encontramos liebres y perdices en lugar de zorros y lobos. Ni que decir tiene que el joven gentleman que yo era también se dedicaba a nadar, a la esgrima y la gimnasia.

En estas circunstancias, los estudios y la lectura no fueron dejados de lado en modo alguno. Leía preferentemente obras científicas, particularmente en el dominio de la historia y las ciencias naturales. Nunca me ocupé demasiado de las bellas letras y debo confesar que, aún hoy, conozco a la mayoría de los grandes poetas sólo de nombre. Las impresiones más fuertes las recibí de las obras poéticas de Goethe, de sus cantos, de su *Fausto* y su *Werther*, de la novela alemana con el *Simplex*, *Simplicius*, *Simplicissimus* de Grimmshausen, que la escribió en la época de la guerra de

los treinta Años, de Shakespeare con *Hamlet*, *Otelo* y *Falstaff*, de Gógol con su *Taras Bulba* o los *Cosacos* de Sigorog, de Kukolnik con *Una madre*, de Pushkin con *La hija del capitán*, de Bocaccio con su *Decamerón*, de Béranger y sus *Canciones* y, después, mucho más tarde, de Thackeray con *La feria de las vanidades*, de Dickens, de Turguéniev con *Diario de un cazador*, del abate Prévost con *Manon Lescaut*, de Claude Tillier y *Mi tío Benjamín*, de Erckmann–Chatrian y la *Historia de un recluta*, *Madame Thérèse* y *Waterloo*.

Entre los escritores científicos, los que más me han influido son Thierry y Macaulay, más tarde Buckle y Schopenhauer, los clásicos griegos y romanos, y después Schiller, Walter Scott, Heine, Dumas y Sue, y también los filósofos Hegel, David Strauss y Maleschott.

Entre los músicos, Beethoven era mi preferido; entre los pintores, Tiziano.

Durante el bachillerato –aún no había cumplido los dieciséis años– escribí un texto del que dijo mi profesor: “Esto no es un ejercicio escolar, es el trabajo de un escritor.” Y sin embargo, pensaba cualquier cosa menos ser poeta. Interpreté muchas obras en un teatro aficionado, y no de Kozebue sino de Schiller, de Shakespeare y Scribe. Primero quise ser soldado, después actor y, finalmente, profesor. De pronto me invadió una gran pasión por las matemáticas (en general, éste no es el punto fuerte de los escritores) y fui en los últimos cursos el mejor matemático, pero enseguida me incliné por la química y, poco después, por la historia.

Pasé algunos años turbulentos en la universidad, durante los que bebimos mucha cerveza, cantamos y nos batimos en duelo; finalmente, fui hecho doctor a los veinte años. Trabajé en los archivos del estado de Viena, escribí una obra de historia y fui nombrado profesor de la universidad de Graz.

¿Cómo acabé escribiendo mi primera novela?

Fue bastante curioso.

Por esa época, me gustaba pasar las veladas con la baronesa Gudenus, una anciana llena de espíritu. Un día me puse a contar las insurrecciones de 1846, pero lo conté de tal manera que electrizó verdaderamente a la dama, que acabó por decir: “Debe escribir todo eso, ¡puede salir de ahí una magnífica novela!”

Yo nunca había pensado en ello, pero, como verdadera alemana, ella ya tenía un libro en la cabeza. La incitación ya había sido hecha y fue entonces como nació mi primera novela, *Eine galizische Geschichte* —Una historia de Galitzia— en 1846. Mientras escribía ese libro, cogí una enfermedad que me atormentó durante años y llegó entonces a su apogeo, era el mal del país.

Gasté mis primeros derechos de autor en el regreso apresurado a mi patria. Era el verano de 1857; derramé lágrimas cuando vi al primer campesino, pero sólo cuando el carruaje de postas —aún no había ferrocarril en aquella época— entró en Lemberg y reconocí la calle, las casas, los árboles de la muralla que forma el Paseo de Lemberg, me puse a llorar como un niño. Mi abuela aún vivía. La vieja casa familiar estaba como la había dejado diez años antes. Era como un cuento después de un sueño de mil años. Al despertar, todo estaba como antaño. Aún estaba la amarillecida mesa de tresillo cerca de la puerta, la vieja escalera y arriba los viejos muebles decorados con flores, las cómodas con sus adornos de cobre, el viejo reloj que representaba a Diana cazadora, y la vieja dama más que octogenaria —aún estaba en la cama, pues era muy temprano— que tendió hacia mí sus manos temblorosas y me bendijo. Todo estaba como lo había dejado diez años antes y, en la cocina, la gata amantaba a sus pequeños. Al salir de Lemberg, recorrí el lugar comenzando por el este. Después, hice frecuentes visi-

tas a mi tierra natal pero nunca recibí una impresión tan fuerte como aquel día que regresé empujado por una poderosa nostalgia, un periodo durante el cual viví dos meses con mi pueblo.

Cuando volví a Graz, mi novela ya había sido publicada en Suiza de manera anónima. Fue juzgada muy favorablemente y tuvo éxito entre el público. La suerte me llevaba una vez más por el camino ya trazado. Siguieron *Der Emissär* –*El emisario*– cuya acción se desarrolla también en Galitzia, pero en 1848; mi novela histórica *Kaunitz*, y, finalmente, mi primer libro que, ahora, aparecía en una nueva edición bajo el título *Graf Donski*, pero esta vez con el nombre del autor. Fue en ese momento cuando Ferdinand Kürnberger, autor de la célebre novela *Die Amerikamüden* –*Los fatigados de América*– llegó a Graz. Era un individuo muy extraño, lleno de una amarga bilis contra cualquier cosa que no fuesen obras poéticas sublimes. Me miró con suficiencia: “Todo lo que ha escrito –me dijo con la expresión que podía haber tenido Nerón–, no vale nada, porque es fabricado, como casi toda nuestra literatura desde Goethe. Si no es capaz de ser lo que Schopenhauer exige de un escritor, ser tan verdadero como la vida misma, si sólo puede escribir libros de lomos dorados como hacen hoy nuestros poetas alemanes, haría mejor abandonándolo todo.”

Me consolé un poco al constatar que los nombres célebres no salían mejor parados con él, como Paul Heysey, Auerbach, Spielhagen o Gustav Freytag. Sin embargo, Kürnberger lo mismo condenaba con desprecio todo lo que yo escribía, como me escuchaba con recogimiento cuando le contaba historias de mi Pequeña–Rusia, cuando le hablaba de la estepa inconmensurable, de los Cárpatos cuyas montañas tocan el cielo, del mar de cereales que representa Podolia, de nuestros compatriotas, de nuestras mujeres envueltas en

sus *kazabaikas* adomados de piel, de nuestros judíos con sus bucles untados de grasa y, en particular, de mis queridos campesinos de Galitzia. “¡Esto es muy diferente!, me dijo una noche. ¡Qué pobre, incolora y tristemente uniforme es nuestra vida alemana comparada con esto! Si es capaz de escribir eso que cuenta con tanta inteligencia y singularidad, diré entonces que usted es un poeta.”

Aquella misma noche me senté a mi mesa de trabajo y, quince días más tarde, le leí a Kürnberger mi *Don Juan de Kolumbia*. Kürnberger estaba fuera de sí. Igual que me había despreciado hasta entonces, así se mostró entusiasmado esta vez. Me comparó con Dickens, Seasfield e Iwan Turguénev y me escribió un célebre prólogo donde decía que el este eslavo tenía cosas muy nuevas que enseñarle al oeste, no la poesía insincera del discurso, sino la verdadera poesía de la forma y del color que los alemanes sólo podían recibir pero no crear. Creo que el amor a mi patria y mi pasión por una mujer de una rara belleza (la heroína de mi novela *Die geschiedene Frau –La mujer divorciada–*) que me llevó en esa época a trágicas implicaciones, han desempeñado igual papel en el éxito de esta novela que, como Kürnberger había profetizado tan sagazmente, asentó mi reputación en Alemania, primero en los *Westermanss Monatshefte*, y que, más tarde, hizo mi nombre conocido en toda Europa después de su publicación en *La Revue des Deux Mondes*.

Gracias a Kürnberger comencé a familiarizarme con Schopenhauer y su filosofía. Se admite generalmente que soy discípulo de Schopenhauer, cuando más bien se trata de una comunión espiritual. Schopenhauer se encuentra bajo la influencia de una doctrina que, en Oriente, está ligada al nombre de Buda y que, a partir de él, encontró muchos siglos antes una favorable acogida en el mundo eslavo y en los salas de estudio de los eruditos de Frankfurt. La mayo-

ría de las sectas de la iglesia rusa se basan en esta doctrina, y los instintos de la raza rusa vinieron, también, al encuentro de esta filosofía que en el este se convirtió en una visión del mundo compartida por todo el pueblo. Cuando oímos hablar a un campesino de Galitzia, tenemos la impresión de que ha debido de estudiar a Schopenhauer con asiduidad y, sin embargo, seguramente no ha leído *El mundo como voluntad y representación* ni los *Parerga y Paralipomena*... ¡porque malamente sabe leer! Es a partir de esta visión del mundo y de esos instintos como escribí mis historias. A Kürnberger le estaba reservado llamar mi atención sobre el parentesco que hay entre las “ideas eslavas” que yo he desarrollado y la filosofía de Schopenhauer.

Además, Schopenhauer sólo dice verdades negativas, mientras que yo me he esforzado honestamente por encontrar en todas las cuestiones que afligen a la humanidad respuestas que sean al mismo tiempo ideales, prácticas y positivas.

El *Don Juan de Kolomea* fue seguido de creaciones profundas, primero por la comedia histórica *Der Mann ohne Vorurteil* —*El hombre sin prejuicios*—, que fue puesta en escena con éxito en cincuenta y dos teatros alemanes y que recibió tantos aplausos en Berlín como en Viena; vino enseguida una novela histórica, *Der letzte König der Magyaren* —*El último rey de los magiares*.

Desempeñé un papel político tras la campaña militar de 1866. Yo defendía con la pluma desde hacía años los intereses de mis compatriotas y cuando fundé, después de la catástrofe de Sadowa, un diario y me manifesté contra las tendencias favorables a la Prusia de la Gattenlaube, Spiridon Litwinowicz, arzobispo de Galitzia y jefe del partido pequeño-ruso (bielorruso) en la Cámara Alta y la Cámara Baja, me envió una carta en la que se ponía —él y el país—, bajo mi protección. El éxito inhabitual del *Don Juan de*

Kolomea no me dio descanso durante todo este periodo. Publiqué *Der Kapitulant* en la revista “Franko Balaban” y *Mondnacht* en la revista “La Barina Olga” que aparecía en Berlín. Las dos obras consolidaron mi reputación, incluso la reforzaron, pues el cuadro fantástico de *Mondnacht* convenía mejor al gusto alemán que los colores realistas del *Don Juan*.

A estos relatos hay que añadir la novela corta *Die geschiedene Frau* –*La mujer divorciada*– y la comedia social *Unsere Sklaven* –*Nuestros esclavos*. Mientras que *La mujer divorciada* aún era una creación muy personal, entraba con mi comedia en la vía que nos indicaron Augier, Sardou y Dumas hijo, la única, me parece, apropiada para el drama moderno.

Viajé durante algunos años y conservé de Italia inestimables impresiones, mientras que el plan de mi obra germinaba y se desarrollaba en mí: *Das Vermächtnis Kains* –*El legado de Caín*–, una obra de vastas proporciones que debía tratar en seis partes sobre el amor, la propiedad, la guerra, el Estado, el trabajo y la muerte. Gottschall, en su *Historia de la literatura nacional alemana*, calificó mi obra de “teodicea novelística”, de *Divina Comedia* en prosa. La primera parte nació de muchos dolores afectivos y sentimentales, todos esos tormentos que nos depara una mujer sin corazón, esos dolores que nos causan la pérdida de un hermano o una madre. No obstante, había aprendido de nuestros campesinos de la Pequeña-Rusia a sufrir en silencio y a combatir sin desmayo. Finalmente, no hubo nada que yo no pudiese vencer. Mi relato *Der Wanderer* –*El paseante*– nació en Baden-Baden, *Die Venus im Pelz* –*La Venus de las pieles*–, en Florencia, *Die Liebe des Plato* –*El amor de Platón*– y *Marzella*, en Merán.

La primera parte de *El legado de Caín*, “El Amor”, apareció

en la primavera de 1870 en la editorial Cotta, en Stuttgart, que pasaba por clásica. Tuvo un éxito tan extraordinario que pronto se haría necesaria una segunda edición.

La crítica alemana vertió juicios muy diversos. Todos aquellos que usaron criterios estéticos, los conocedores, los amantes de la verdadera poesía saludaron en *El legado de Catón* una obra de una extraordinaria originalidad, una obra profunda y bella. De otra forma se manifestaron los fariseos del nuevo Reich, los detentadores del “temor a Dios y las buenas costumbres”, que se indignaron por la libertad del autor para tratar las relaciones sexuales. A ellos se unieron esos ciegos patriotas alemanes que tampoco faltan en la capital de Austria, pues los mismos están particularmente bien pagados, esos patriotas para los que todo aquello que no es alemán inspira odio y temor, aquellos que, con Johannes Scherr, ven en todo lo que es francés un “híbrido de cisne y de tigre”, en toda la naturaleza francesa una “fábrica de palabras vacías, de humo y de engaño”, que tienen a los ingleses por “la más baja calaña de hipócritas”, que afirman que los polacos representan una “aristocracia libertina y de bestial esclavitud”, que dicen a propósito de Suiza que el pueblo ya no gobierna y no se gobierna a sí mismo, ni tampoco los rusos, que propagan que España e Italia están muy atrasadas en relación a la cultura moderna de Alemania pero que, además, esos países son suficientemente modestos como para ver en Alemania “al país más noble de la tierra con un tesoro intelectual del que todas las demás naciones deben beber”.

Personajes que, como Auerbach, en *Landhaus am Rhein* —*La casa de campo a orillas del Rhin*—, no cesan de decir “he aquí nuestra magnífica vida alemana”. Esta categoría de patriotas alemanes vio en el prólogo que Kürnberger escribió para mi *Don Juan* un sacrilegio contra la literatura ale-

mana. La idea de que un eslavo puede aportar algo que le faltaba completamente a los poetas alemanes desde Goethe los vuelve locos.

El *Kreuzzeitung* escribía: “El carácter y el contenido de los escritos de Sacher–Masoch no solamente no son alemanes, sino que envenenan la literatura alemana como lo hizo Offenbach con la música. Podríamos catalogar su género literario con dos palabras breves: judío-francés (*jüdisch-französisch*)”. El *Kreuzzeitung* sabe, en efecto, que después de los franceses, los judíos son los más detestados por los beatos alemanes, pero lo que parece no saber es que una familia cuya nobleza está reconocida en Austria desde hace trescientos cincuenta años no puede ser judía.

Thaler, un escritor que, parodiando a Shakespeare, era más bismarckista que el mismo Bismarck, escribió en el *Neue freie Presse* de Viena: “Sacher–Masoch hace entrar en la literatura alemana puntos de vista rusos: ¡es peligroso! La frivolidad francesa amenaza el alma, la de Rusia extermina la cultura y se trata de una defensa nacional contra el nihilismo ruso.” La revista berlinesa *Magazin für die Literatur des Auslandes* intentó un ajuste de cuentas escribiendo que Sacher–Masoch era “inconveniente (*unanständig*)”, siguió Glagau y redactó un escrito contra mí bajo el título *Turguéniev y la literatura rusa*.

Aunque también se encontraron defensores de peso. “J.J.K.”, la pluma más espiritual y temida de Viena, que ridiculizó despiadadamente al señor Thaler, y Robert Hammerling, el genial autor de *Ahaswer in Rom*, tomó bajo su protección el látigo con el que Venus maltrata a su esclavo definiéndolo como “un símbolo cargado de sentido”; otro escritor valeroso evocó la moral alemana: “La vergüenza asoma al rostro de un hombre de honor cuando acepta esta hipocresía como moneda corriente. ¡Abajo las máscaras! No

habéis tenido bastante con condenar a la marginación los cuadros de Makart, las epopeyas de Hamerling y las novelas de Sacher–Masoch, que sin embargo permanecéis durante horas sumidos en la admiración de sus cuadros, devoráis las epopeyas de Hamerling y las novelas de Sacher–Masoch y vaciáis hasta el fondo el seductor cáliz de la pasión abrasadora. Simuláis asco ante la imagen del vicio. De cualquier modo, se necesita menos valor en ese caso que para denunciar los falsos héroes virtuosos de vuestras mentiras.”

Yo permanecí silencioso durante mucho tiempo, pero acabé por perder la paciencia y publiqué un escrito, *Über den Wert der Kritik –Del valor de la crítica–*, en el cual desvelaba sin indulgencia toda la podredumbre, la situación de la literatura alemana, la ignorancia y la falta de honestidad de la prensa. Y a los periodistas alemanes les puse como modelos a los franceses, que saben reparar con la espada los errores de su pluma. Mi procedimiento hacía pensar, ciertamente, en un despliegue de artillería apuntando a los pájaros, pero eso no cambia nada cuando la gente ve –en parecidas circunstancias– de qué artillería se dispone.

Quizá las palabras que escribe Gógol en su célebre novela *Las almas muertas*, a propósito de un escritor, sólo encuentran una aplicación completa para mí: “Feliz el escritor –dice–, que no considera dignos de su mirada los caracteres envueltos en una triste realidad, y se acerca a los que reflejan la excelencia y las cualidades del hombre; que, entre el flujo de las imágenes diarias que se le ofrecen, elige sólo algunos casos excepcionales; que no ha modificado jamás su visión ni ha abandonado sus alturas para ir al encuentro de sus pobres e insignificantes hermanos, y, que, sin pisar la tierra, se entrega a sus distantes y sublimes imágenes. Doblemente envidiable será su creación, pues se encontrará ahí como en el seno de su familia, y sus palabras resonarán

—aunque lejanas— sonoras. Habrá velado con un incienso embriagador los ojos de los humanos, los habrá adulado maravillosamente, ocultándoles las tristezas de la vida y mostrándoles un ser magnífico. Será inmensamente aplaudido y proclamado gran poeta universal”. (De esa manera Schiller se convirtió en el poeta preferido de los alemanes.) “Qué diferente es la suerte y el destino del escritor que tiene la audacia de plasmar todo lo que pasa constantemente ante sus ojos —y aquello que no ven las miradas indiferentes lo pone de relieve con su poderoso y despiadado buril—, y expone, de una manera clara y destacada ante los ojos del mundo, el fango horrible e inquietante de la miseria de nuestras vidas, toda la profundidad de los caracteres fríos e indolentes que nos encontramos diariamente en nuestro camino, a veces triste y amargo. Éste no oirá los aplausos de la gente (...) y, finalmente, no podrá escapar al severo juicio de sus contemporáneos, que considerarán bajas y mezquinas sus creaciones, negándole el corazón, el alma y la llama divina del talento. Ese tribunal, en efecto, no admite que el movimiento de los más pequeños insectos y el brillo del sol sean igual de maravillosos; ni admite que es necesario un gran don del alma para animar una imagen sacada de la vida despreciable, y elevarla en una creación; ni admite que una risa loca y entusiasta pueda ser igual que la mayor emoción lírica, y que un abismo separa esa risa de las muecas de un simple payaso. Sí, hipócritas lectores, vosotros no deseáis ver la miseria humana en su desnudez. ¿Para qué? decís. ¿Con qué fin? Como si nosotros mismos no supiésemos que en la vida hay muchas cosas locas y despreciables. Preferimos que nos mostréis algo bello, algo divertido para hacernos olvidar el resto. Vosotros decís: ¿de qué otra cosa nos ha de hablar el escritor más que de la santa verdad? Pero tenéis miedo de la mirada profunda e interrogadora, tenéis miedo

de vosotros mismos, miedo de mirar algo de manera firme y precisa, vuestros ojos se contentan con mirar para otro lado.”

Ese “tribunal hipócrita” del que habla Gógol también se reunió para mí. Y solamente porque intenté ser lo que Schopenhauer exige de un verdadero poeta, “ser verdadero hasta el último detalle, como la vida misma”. No obstante, encontré mi justificación en las palabras del gran filósofo de Frankfurt que dijo en *El mundo como voluntad y representación*: “El poeta es el hombre en sí; todo lo que emociona el corazón de un hombre y todo lo que lleva a la naturaleza humana a salir de sí en una situación cualquiera, todo lo que habita y sueña en un pecho humano, ese es su tema, su materia, como a su lado, todo el resto de la naturaleza. Por eso el poeta puede cantar lo mismo la voluptuosidad que la mística, puede ser Anacreonte y Angelus Silesius, escribir tragedias o comedias, representar un estado de espíritu sublime u ordinario, según su humor y la naturaleza de sus trabajos. Según ese principio, nadie puede decirle al poeta que sea noble y sublime, moral, piadoso, cristiano o esto o aquéllo y aún menos de ser esto o aquéllo. Él es el espejo de la humanidad y lleva en su conciencia lo que ella hace y siente.”

El último poeta que llena completamente esa tarea y que aparece a la vez bello y fiel a la naturaleza es Goethe. La literatura alemana moderna se ha alejado de tal manera de la vida, de la naturaleza y de la verdad que ya no puede compararse con la reciente literatura francesa, inglesa, americana o rusa, y sólo goza en su propio país de un público restringido. Las obras francesas e inglesas tienen en justicia más lectores en Alemania, y Turguéniev cuenta con más admiradores y fieles entusiastas en Alemania que Auerbach y Spielhagen.

Kürnberger me dijo: “Goethe dijo en vano a propósito de nuestra envejecida literatura: “¡Crea formas, artista, y no pienses!”; hubiera podido añadir otras palabras de Goethe que han pasado más desapercibidas: “Cualquier poema debe ser una obra de circunstancias.” Los poetas alemanes modernos no escriben porque los empuje el “*ingenium*”, para dar forma a las impresiones que la vida deja en sus almas, sino porque un libro cualquiera les incita a escribir otro. En este caso, las obras, sobre todo las novelas, que no emanan directamente de la vida como el *Werther* de Goethe, *Manon Lescaut* del abate Prévost, *Las almas muertas* de Gógol o *La feria de las vanidades* de Thackeray no pueden ser nunca el “espejo del alma humana”, por lo que bastaría con copiar la verdad y fotografiarla para obtener un efecto artístico. “El velo de la poesía sale de la mano de la verdad”, todo el misterio de la poesía se encuentra en esta frase, que parece muy simple, pero ninguno de los poetas modernos la ha comprendido.

Creo poder decir que nunca reprimí una fea verdad por amor a una bella mentira, he tomado en serio lo que dijo Voltaire, de que el escritor arranca la venda del error de los ojos de las naciones, nunca escogí las cosas fáciles, las palabras bellas, siempre tendí de alguna manera a lo más difícil: a crear imágenes y formas verdaderas.

Todas mis novelas que no tratan temas históricos emanan de mi vida, han bebido de mi sangre. Entendámonos bien, no hice novelas con los diferentes capítulos de mi biografía, lo que hubiera sido un gesto no artístico, pero cada uno de mis relatos comporta un nervio que me pertenece y se encuentran ahí temas arrancados de mi vida. Incluso allí donde la fábula perfectamente inventada, los caracteres, las diversas escenas y detalles son verdaderos. En mis obras, la pintura es siempre propiedad del poeta, pero el lienzo sobre la que

nace e incluso sus fundamentos pertenecen a mi persona, a mi vida. Yo no he sido abatido en duelo como Wladimir en mi relato *Mondnacht* y menos aún me sometí al látigo de un rival más feliz como es el Séverin de *La Venus de las pieles*, pero hubo un tiempo en que la pálida Olga apoyó tiernamente contra mi pecho su cabeza fatigada de la vida, y hubo otro tiempo en el que fui seriamente el esclavo de una mujer bella y cruel con su *kazabaika* rojo adornado con piel de armiño.

Esta verdad de la vida que habla en mis escritos debió parecer –al principio– sorprendente, en un país que se hizo extranjero a sí mismo a causa de la mentira, como ocurre con Alemania, debió suscitar pavor, pero la opinión pública cambió brusca y rápidamente de parecer, más de lo que mis amigos y yo habíamos imaginado.

Me cuento entre los escritores más leídos de Alemania, y eso ya es importante; he sufrido animosidad, pero también he encontrado entusiasmo como ningún otro escritor vivo, y de todos los lugares del mundo me han llegado y aún me llegan centenares de cartas en las que seres humanos, naciones y estados sociales de los más diversos, mujeres y hombres, me expresan su entusiasmo y su aprobación de manera a veces exuberante. Hasta qué punto soy popular en Alemania –a pesar del *Kreuzzeitung* y del *Magazine für die Literatur des Abendlandes*– dan prueba los testimonios que aparecen de vez en cuando en los periódicos alemanes y que hacen referencia a mis novelas.

Hace poco tiempo, un joven buscaba en Berlín –por medio de los periódicos– una mujer que tuviese el deseo y la capacidad de poner en escena con él una novela de características similares a mi *Venus de las pieles*.

El legado de Caín ha sido traducida a casi todas las lenguas de Europa, en 1872 y 1873, después (lo que considero como

la mayor distinción) publicada en 1874 por la editorial Hachette. Encontró en publicaciones influyentes, en particular en *La Revue des Deux Mondes* y en el *Journal des Débats*, la acogida crítica más favorable que se le puede hacer a un poeta. La lengua francesa es y será una lengua mundial específica; una crítica parisina es una crítica europea, mientras que una crítica berlinesa o vienesa se queda limitada a Berlín o Viena, y, además, habitualmente no es leída ni en Alemania.

El legado de Caín fue seguida de una serie de novelas más ligeras y de rápidos esbozos, *Zur Ehre Gottes –Por el amor de Dios–*, *Ein weiblicher Sultan –Un sultán femenino–*, *Russische Hofgeschichten –Historias de la corte rusa**–, *Gute Menschen und ihre Geschichten –Los hombres buenos y sus historias–*, y, entre las últimas, *Falscher Hermelin –La falsa Hermelin–*, *Kleine Geschichten aus der Bühnenwelt –Pequeñas historias del mundo de la escena–*, y finalmente *Die Messalinen Wiens –Las Messalina de Viena.*

Antiguas obras como *Kaunitz*, *El emisario* y *La mujer divorciada* aparecieron en una segunda edición; la comedia *El hombre sin prejuicios*, en una tercera.

Después de muchos combates dolorosos, mi vida se ha convertido en un idilio.

Das Märchen vom Glück –El conde de la felicidad–, tal como yo lo describí, sólo se ha hecho realidad con mi matrimonio. Recientemente, me visitó un viejo amigo y me dijo: “Nunca creí que podía haber un hombre satisfecho en esta tierra, pero ahora, sí lo creo.”

* Historias de la que ha salido *Diderot* en San Petersburgo.

Vivo en la tranquilidad y la soledad con mi mujer, mis hijos y la única compañía que yo mismo he elegido en el pueblo de Bruck an der Mur, en medio de las verdes montañas y los bosques de Styria, que me recuerdan un poco a mis Cárpatos.

Amo la naturaleza con todo mi corazón, hasta el punto de que no puedo vivir lejos de ella, y, por esa razón, nunca he vivido mucho tiempo en las grandes ciudades. Mi mayor placer es aquí, como antaño en mi país natal, recorrer el terreno con la escopeta a la hombro, acompañado solamente por mi pequeño perro negro, sobre todo en los lugares verdaderamente salvajes donde no nos cruzamos ni con una sola alma. Soy así y no cambiaré, contemplo con mucho más placer la obra pictórica que me ofrece la tarde que los cuadros de Makart, y el canto de un mirlo me dice más que una ópera de Richard Wagner.

Cuando vuelvo a casa y mi mujer, joven y bella, me recibe en su confortable *kazabaika* adomado en piel, cuando mis hijos corren hacia mí completamente felices y mis padres y abuelos me saludan desde las ventanas, cuando hierve el samovar, dejo entonces de tener deseos e incluso puedo olvidar que aquí soy un extranjero.

Fue aquí, en esta soledad bella y serena, donde nacieron los seis relatos que constituyen la segunda parte de mi *Legado de Caín*, es decir “La Propiedad”, y de la que la *Revue des Deux Mondes* ya ha publicado “La justicia de los campesinos”, “El Hajdamak”, y “La Hasararaba”. La revista también ha publicado una novela larga, *Die Ideale unserer Zeit* —*Los ideales de nuestro tiempo*—, que a pesar de la oposición de los periodistas, ha conocido cuatro ediciones en seis

meses. Los entendidos afirman que he conseguido notables progresos con estas dos obras.

Puedo mirar lo que he conseguido con un cierto orgullo. Nunca me ha protegido un monarca, ningún partido ni bandera me ha apoyado, jamás ningún amigo ha hecho algo por mí. Todo lo que soy, me lo debo a mí mismo... y a mis enemigos. Estos últimos han contribuido con celo –durante mucho tiempo– a que mi nombre se hiciese conocido en Europa y América, y no puedo desearle a la segunda parte de mi *Legado de Caín* nada mejor que esto: que pueda encontrar tantos adversarios como la primera.

LA MÚSICA Y EL TEATRO ENTRE LOS ESLAVOS

Le solicitan al autor de *El legado de Caín* algunas reflexiones sobre la música y el teatro de los pueblos eslavos. No creo que sea deber del poeta escribir tratados, pero lo que puedo ofrecerles –de todo corazón–, son las impresiones que pude recoger en ese ámbito; por una parte en mi tierra de Galitzia, y, por la otra, en diversos países eslavos. Quiero creer, sin embargo, que esta serie de imágenes coloreadas, como todo lo que ha sido verdaderamente vivido y sentido, no estará desprovista de encanto para vuestros amables lectores y lectoras.

Una silueta muy precisa aparece ante mis ojos al mismo tiempo que suena una melancólica canción. Es una mujer alta y bella con cara de *madonna*, de voz profunda y emotiva. Sobre su cabeza ha anudado un paño blanco, lleva un collar de coral y botas altas.

Esa mujer era mi nodriza, la campesina de la Pequeña-Rusia de las cercanías de Lemberg, y la canción que me cantaba era una maravillosa balada de Chryzin. Pero esa no fue la única que oí. Por la tarde ella me sentaba sobre sus rodillas o me dejaba jugar a sus pies, en la tierra húmeda, y me cantaba esos maravillosos cantos populares cuya poesía simple y los acentos sacados de lo más profundo del corazón aún hoy me emocionan más de lo que puedan hacerlo un poeta o compositor.

Recuerdo también a otra bella mujer de cara pálida y bien dibujada, en la que brillaban dos grandes ojos azules: era mi madre, quien cogiéndome en sus brazos tarareaba una emotiva canción polaca:

*“Oh, mi añorada estrella
Que me has alumbrado
Bajo la sombría bóveda celeste
Cuando vi el mundo.
Ahora que te has apagado
Vanos son mis esfuerzos
Pues debo recorrer el mundo
Sin que tú me guíes.”*

Aún hay otra silueta femenina que surge de las brumas de mi recuerdo, la de una anciana mujer que me traía entre sus pieles de lobo las mejores manzanas y los cuentos más maravillosos: era mi abuela, la madre de mi padre. Era una verdadera polaca, y, cuando estaba de buen humor, se ponía a cantarnos, a nosotros los niños, canciones polacas que tenían –ya fuesen canciones revolucionarias, guerreras, populares o aires de danza– un ritmo alegre y exuberante a través del cual asomaba de vez en cuando, como viniendo de lejos, un motivo malencólico. Las canciones de Cracovia, sobre todo, son de un encantador atrevimiento que esconde en una cuarteta alguna lección sacada de la vida, o alguna declaración de amor plena de jovialidad, como ésta:

*“Muchacha, no pretendas ser sagaz
Ni complicada en tu elección
Pues entrará en tu casa un jilguero
Y no un ruiseñor.”*

Todavía recuerdo una pieza grande, en medio de la casa, que carecía de ventanas, aunque a nosotros, los niños, nos atraía mucho por la misteriosa oscuridad que reinaba en ella. Por Navidad se instalaba allí el pesebre y cuando, hacia la noche, la pieza se iluminaba con las velas, los sirvientes se sentaban alrededor y cantaban esos maravillosos cánticos de Navidad que perviven en nuestra lengua y celebran solemnemente en su humilde pesebre al Niño que acaba de nacer para salvar al mundo. Después, los sirvientes se entregaban con desbordante alegría a locas bromas en las que el judío y el alemán derrochaban ingenio para divertirnos.

Pasábamos el verano en el campo. Todavía puedo ver la pequeña casa blanca, con tejado rojo, a partir de la cual se entraba en los campos de asters y dalias y en el bosque donde las acacias susurraban dulcemente. Ahí es donde más me gustaba estar, sentado bajo un avellano mirando la lejanía, hasta donde se extendía el borde luminoso del cielo, hasta donde los campesinos cortaban el trigo y lo ataban en gavillas; me quedaba sentado hasta la caída de la noche, la luna asomaba entonces a través del oscuro follaje mientras se oían los melancólicos y graciosos acentos de las flautas de los pastores, a lo que pronto se unían voces humanas, y un canto maravilloso atravesaba el espacio, en ocasiones salvaje y amenazador, otras desolado y desgarrando el corazón alrededor de las tumbas de los héroes.

También me gustaba detenerme el domingo ante la posada, y ver –a través de la ventana de la gran sala que estaba llena de polvo arremolinado como un campo de batalla puede estarlo de pólvora– como bailaban los campesinos cuyas fuertes botas golpeaban el suelo, y como las muchachas giraban y giraban –tanto y tan bien–, que sus trenzas volaban alegremente. Escuchaba a los músicos judíos que tocaban con un indesmayable ardor la *kolomijka*, esa singular danza en la que se expresan toda la pasión y el valor de nuestros habitantes de los Cárpatos. Los judíos desempeñan en Galitzia el mismo papel que los gitanos en Hungría. Las endiabladas danzas de los instrumentos devienen por momentos embriagadoras, los violines cantan, los bajos retumban, los címbalos resuenan, y todo eso parece un interminable sollozo, con los danzantes entregados a un ritmo cada vez más frenético.

Muy distintos son los cantos que los campesinos de la Pequeña Rusia interpretan durante las bodas, los entierros y la fiesta de la cosecha, tienen un aire tan pagano y tan ele-

mental que nos parece oír, indistintamente, o los himnos de los coros griegos antiguos o un coro de bacantes, y, cuando la novia es conducida a los aposentos nupciales, Lada –la Venus de los paganos eslavos– entona una canción que suena como el canto de felicidad de la alondra.

Cuando, todavía niño, recorría el país con una escopeta, me crucé más de una vez con uno de esos cantores ciegos que hacen pensar en Homero; acompañados por un lazarillo o una muchacha muy joven, van de pueblo en pueblo, de feria en feria para interpretar los antiguos cantos de nuestra tierra, con los nostálgicos acentos de la Zandrika. Sus cantos hablan de héroes de la patria, de antiguos zares de Kiev y Halitsch, de tiranos polacos y cosacos belicosos que se batieron en general de manera victoriosa, de batallas tártaras y turcas, sin olvidarse de los intrépidos bandoleros que hacen la guerra en las montañas contra una aristocracia inhumana. Son los cantos de un pueblo oprimido desde hace siglos; no es la felicidad ni la alegría lo que oímos aquí, es un duelo profundo y un odio inmisericorde. Si, en el verdadero canto popular, sobre todo en la Dumka, es una turbadora melancolía lo que se expresa y muy raramente un áspero humor contra los déspotas, es en cambio el valor audaz lo que se respira en los cantos de la Pequeña–Rusia y los cosacos, que no retrocede ante nada, que no ve muerte más digna del hombre que sobre el campo de batalla, un amor indomable por la libertad y una desbordante alegría.

Sin embargo, no son únicamente las figuras y las imágenes del pasado lo que se perpetúan en los cantos populares de la Pequeña–Rusia, la musa aún está viva y prosigue su obra poética de generación en generación. Napoleón y el emperador Franz toman el relevo de Carlos VII de Suecia.

El bandolero Dobosch que sumió en el horror la región de los Cárpatos en el primer cuarto de este siglo se ha conver-

tido, como Robín de los Bosques en Inglaterra y el Cid en España, en el héroe de todo un ciclo de baladas que describe sus hechos y su muerte causada por la traición de la bella Zwinka. Incluso la guerra de 1800 ha encontrado sus cantares, igual que la sublevación de 1840, las batallas húngaras o italianas.

Fue en la región de los Cárpatos y, sobre todo, en el pintoresco distrito de Kolomea donde vivió la bella, extensa y antigua familia de los Huzules, que en todo momento supo preservar su libertad. He aquí el Argan, una salvaje danza guerrera que se danza entre ellos, y he aquí el Trombit, la trompa de los Alpes cuyo sonido colma todos los corazones, ya sea lastimero al borde de una fresca tumba recién abierta o suene con intensidad, a medianoche, descendiendo por una escarpada pared —a la vieja usanza— para saludar a la vieja patria y su mar añil, o para los valerosos montañeses que apelan al combate por la patria y la libertad.

Muy diferentes eran las imágenes que ofrecía la casa de mis padres durante el invierno en Lemberg cuando, en la gran sala iluminada, el esplendor polaco desplegaba su fasto histórico sobre el parquet brillante y las parejas avanzaban en solemne cortejo, jóvenes y viejos orgullosamente elegantes que iban y venían, formando sorprendentes figuras similares a las ondulaciones de una brillante serpiente, al son de una polonesa de Oginski, desplazándose por los salones, las salas y los corredores o cuando los jóvenes levantaban el vuelo con una danza de fuego, la *mazurka*, pisándose los talones y los danzantes se volvían repentinamente; hacia la mañana, cuando el vino de Hungría había hecho su trabajo, algunos jóvenes acometían entonces la danza de los cosacos, flexionándose y alzándose del suelo con raudos movimientos, lanzando los pies en todos los sentidos como si ya no les perteneciesen. Después, se les ocurría a veces entonar de

pronto –como si fuese la consecuencia de una inspiración sobrehumana– uno de esos cantos hechos de audacia con los cuales tantos miles de hombres han muerto por la Polonia perdida, y los caballeros ancianos se abrazaban exclamando “*Ive Kochhajme*”, “*¡Viva, amémonos unos a otros!*”, y más de una lágrima se escurría por aquellos canos bigotes.

II

En mi juventud, sólo había un teatro polaco en Galitzia y era dirigido de manera más bien parsimoniosa comparado con el teatro alemán. Los Pequeños-Rusos (los rutenos), que justamente comenzaban por esa época a preocuparse por la pureza de su lengua, no poseían libros, aunque muchos poetas rutenos escribían excelentes obras dramáticas entre las cuales se puede citar *El revisor* de Gógol.

La dramaturgia polaca se encontraba entonces bajo influencia extranjera. A pesar de una vida nacional muy viva e incluso agitada, le faltaba –como por lo demás a toda Galitzia– esa marca específica, esa frescura y originalidad que caracterizan desde siempre a la literatura rusa. Sólo encontramos un fondo y una forma, unos personajes y colores verdaderamente polacos en la maravillosa y humorística epopeya *Pan Tadeusz*, del poeta Adam Mickiewicz.

La tragedia polaca se ha desarrollado casi exclusivamente bajo la influencia de Schiller que, salvo en Alemania, en ninguna parte es tan popular como en Polonia. Sus dramas, excelentemente traducidos por Kochanowski, dominan el repertorio polaco. Incluso allí donde se han elegido temas verdaderamente polacos –como en la estimable tragedia *Barbara Radziwill*–, la manera de tratar la pieza aún responde al espíritu y el estilo de Schiller. La comedia polaca también está dominada por la influencia francesa. Pero está en la naturaleza de las cosas que cuando es la vida presente la que ofrece el tema y los problemas que conmueven a la sociedad ya no pueden ser ignorados, acaba por expresarse la verdadera esencia polaca. Es interesante señalar que se trata en este caso de papeles secundarios y que son, casi exclusivamente, las capas bajas de la sociedad las que ali-

mentan de personajes originales la comedia. Cada vez que un personaje singular entra en escena, éste casi siempre pertenece a la clase de la servidumbre o los campesinos.

En Polonia no faltan buenas comedias incluso si las obras francesas de ese género son preponderantes en el repertorio, como también ocurre en Alemania. En las comedias polacas, son siempre los viejos sirvientes que están al servicio de la familia decenas de años los que intervienen con fuerza en la acción, y no solo para hacer valer sus puntos de vista y sus sentimientos, sino también su voluntad; de una parte, representan el buen sentido, y, de la otra, la conciencia humana de sus amos.

El autor de comedias más dotado y prolífico es el conde Fredro, cuya obra *La hija única* ha tenido tanto éxito en Polonia como en los escenarios alemanes.

Los polacos no han conseguido crear una ópera nacional, pero su arte lírico ha alcanzado felizmente entre ellos un verdadero carácter popular.

La obra más apreciada en este género es *Die Krakauer und die Goralen*. La leyenda del mago Twardowski, el *Fausto* polaco, ha sido tratada en el mismo estilo y algunos de los cantos de esta obra se han hecho muy populares. Korzenjowdki ha escrito excelentes comedias inspiradas en la vida campesina. Siempre aparecen en estas piezas, al lado de los campesinos, judíos polacos que desempeñan un papel muy importante.

Los polacos tienen un especial don para el arte teatral. Una disposición natural para la mímica y la gestualidad constituye una característica esencial de estos eslavos como de los eslavos “romanís”; a esto se añade entre los polacos un temperamento apasionado, una elegancia y una gracia innatas además de otros atributos exteriores, en particular en las mujeres, de talla esbelta y distinguida; las nobles fisonomías

as, los bellos ojos expresivos y las maravillosas voces parecen haber sido creadas especialmente para los hombres.

Cuando finalmente la escena polaca encontró un asilo a su medida en el nuevo y suntuoso teatro construido en Lemberg por el conde Starbek, pronto dispuso de talentos considerables. Sinowski y Nowakowski son inolvidables para todos aquellos que les han visto. La heroína de la escena de Lemberg, la señorita Aschperger, una auténtica polaca a pesar de su nombre alemán, ha sido una actriz muy importante. Además de su gran estilo trágico, tenía un registro encantador y gracioso, perfectamente adecuado para la comedia, y se encontraba tan a gusto entre las suaves pieles de la *kazabaika* –vestimenta casera– como entre los rígidos pliegues de una capa romana.

Cuando Bogumil Davison apareció en el teatro de Lemberg, estaba afligido por un grave problema de articulación: tartamudeaba. Su poderoso genio fue sin embargo reconocido por el conde Starbek. Envió al joven actor polaco a Hamburgo para que pudiese superar ese defecto y aprendiera al mismo tiempo el alemán. Cuando siete años después volví a ver al actor –en lo sucesivo ciudadano de la monarquía imperial y real– interpretando el papel de Hamlet, no me sorprendió ver en lo que se había convertido aquel Davison que, antaño, tartamudeaba interpretando a Don Carlos en Lemberg. Además, Polonia ha dado a la escena alemana algunos de sus más grandes maestros y excelentes actores. Aparte de Davison, me contento con citar aquí a Döring, Dessoir y Lewinski.

Cuando el mal del país me hizo abandonar una lejana región alpina y me devolvió por primera vez a Galitzia después de casi diez años, encontré muchos cambios. El pueblo pequeño ruso se ha situado cada vez más claramente en un primer plano, a pesar del combate que lleva con todos los medios

autorizados o no la entidad polaca, convertida en potencia política bajo la protección del gobierno austriaco, contra la lengua de la Pequeña-Rusia y la lengua alemana. El teatro alemán antaño tan floreciente en Lemberg ya no existe, pero en cambio, al lado de la escena polaca, la de la Pequeña-Rusia conquista cada vez más terreno.

Como la población pequeño-rusa no es muy importante en Lemberg —la capital—, para crear y consolidar su propio teatro, el Comité nacional para el Teatro ha tenido la feliz idea de hacer interpretar a una agrupación de actores pequeño-rusos únicamente algunos meses en Lemberg, hacerla viajar el resto del año por toda la parte pequeño-rusa del país y ofrecer representaciones en las capitales de provincia de los cantones y en las ciudades más pequeñas. La acogida fue muy favorable y resultó interesante, y, en ocasiones, divertido, ver como los campesinos se sentían en el teatro y como esos hijos de la naturaleza se comportaban allí. El campesino pequeño-ruso se distingue claramente del polaco por la seriedad, la sinceridad y fidelidad de su carácter; es inteligente, ávido por aprender y tiene un temperamento que lo inclina al humor.

Su viva imaginación participa en el teatro en todo momento y, a veces, con tal expresividad que olvida por completo que lo que ocurre sobre la escena no es más que el espejo de la vida y no la vida misma. Ese público campesino se siente emocionado, dispuesto a reír como nadie y a tomar parte apasionadamente. Ocurre, durante alguna escena que les cautiva, que esos campesinos se abracen y besen, que protesten con fuerza cuando se comete una injusticia sobre las tablas —que representan para ellos el mundo— o que griten de alegría cuando el vicio es castigado; también ponen en guardia, ante el telón alzado, a este o aquel personaje de la pieza que ha ganado su corazón, le dan consejos bien intencionados o le injurian cuando no los sigue.

La danza encierra en sí algo de dramático entre los rutenos y también en los polacos, no sólo porque sea una especie de pantomima que represente la conquista amorosa o el combate, sino también porque está unida tanto a la *krakowiak* (danza de los campesinos de Cracovia) como a la *kolomijka* (danza rutena de los habitantes de los Cárpatos); la danza comporta preguntas y respuestas, breves canciones cantadas, al mismo tiempo que obligan a pensar en las “cuartetos” de los Alpes alemanes.

Los compositores polacos han bebido felizmente en la fuente de esas melodías populares y no podemos negar, pues, que los polacos tienen una música nacional y algunos verdaderos maestros. La *krakowiak* y la *mazurka* de la llanura occidental como del este ruteno, de la llanura de Podolia y de las regiones montañosas suenan como las célebres polonesas de Oginski, como en la partitura escrita por Radziwill sobre el texto de *Fausto*, como los preludios, las *mazurkas* y los *Nocturnos* de Chopin.

Toda la vida de un pueblo vibra en esas obras; la melancolía que se cierne sobre el poeta es la misma que nimba la antigua y real ciudad a orillas del Vístula, la colina de Kosciuszko, el castillo de Wawel y la cripta de la catedral en la que descansan Sobieski, Kosciuszko y Poniatowski.

Si podemos decir que Cracovia es el sarcófago del pueblo polaco, Chopin es el ruiseñor que canta ahí su canción inmortal.

LOS ÚLTIMOS AMIGOS

“El recuerdo es el único paraíso del que no podemos ser arrojados.”

Jean-Paul

¡Qué sonoridad en ese ruido! Ha pasado como una ligera imagen de sueño. Tiembla en el aire, cada vez que estoy solo en el corazón del silencio de la noche, en la amada estancia familiar. Afuera está el mundo, un segundo cielo estrellado fulgura en las calles de la ciudad, pero aquí todo es retiro y serenidad, no hay más luz que la del fuego de la chimenea y la lámpara que ilumina el libro y el papel, ni más ruido que el del tic-tac del péndulo. Es invierno, la nieve cubre de una luminosa blancura los tejados, los árboles desnudos y las montañas lejanas. La nieve ha colgado diamantes blancos en los aleros, en los canalones y en las ramas y ha hecho florecer en los cristales un jardín de elfos de flores extrañas y encantadas. El cielo se extiende como una bóveda de mármol sobre la tierra.

La puerta de la habitación contigua está abierta. Aquí, no hay luz y las ventanas no cierran muy bien, aunque el viento y la luna, esos dos grandes encantadores, pueden librarse a sus juegos fantásticos y mostrar sus maravillosos artificios.

A menudo tenemos la impresión de que manifiestan compasión por el hombre solitario, por el abandonado a quien ya no le quedan más que las cenizas de su felicidad, el polvo de sus esperanzas, ligero como el de las alas de la mariposa.

¡Y de nuevo qué sonoridad! El suave sonido de una cuerda de bronce, el acorde roto de un harpa eólica. Conozco ese ruido, que aún despierta en mi corazón un eco doloroso. Pronto van a sonar también otras voces, fuertes y dulces, indeciblemente melancólicas, consoladoras u hostigantes, riendo socarronamente. Mis amigos comienzan a hablarme, los viejos armarios y las sillas, los cuadros ensombrecidos en sus marcos, el antiguo péndulo de balancín en su caja esculpida, los libros de mi abuelo encuadernados en cuero de la época. Estas cosas sin vida no están tan muertas y mudas como pensamos. Cobran vida para aquel que las comprende, y, entonces, las mismas comienzan a hablar una lengua ancestral y extraña, sobre todo durante las noches solitarias y silenciosas, mientras velamos lejos de los ídolos de esta tierra, pensamos y soñamos.

En este momento también. La música del viento en la chimenea se propaga por toda la habitación, la pequeña armadura de chapa de un caballero comienza a quejarse y un susurro atraviesa los cortinajes de flores. Durante ese tiempo, la luna desliza lentamente luz y sombra en manchas de precisos contornos sobre las losas y la pared, descubre —ora aquí, ora allá—, un objeto casi olvidado que arranca, por decirlo así, a la oscuridad.

Me muestra el sofá, la consola con pequeños personajes de porcelana, el biombo ante la estufa.

Conozco esa consola de madera oscura con sus dos columnas de estilo rococó, y la pequeña tapicería de los gobelinos del biombo, que representa la recepción por el rey Luis XIV de una embajada persa. El biombo ya estaba ahí cuando vine al mundo, o incluso antes. Sin duda ya estaba ahí, cerca de la cuna de mi padre. Los motivos ocupaban mi imaginación, lo mismo despierto que sumido en mis ensoñaciones cuando era pequeño.

Una imagen surge de la sombra del pasado. Estoy acostado en medio de la noche silenciosa, con los ojos abiertos, la lámpara de cabecera difunde una luz indeterminada y el viejo péndulo deja oír su apagado tic-tac. El rey parece moverse en su trono, los persas se inclinan aún más profundamente, el rey guarda su aljaba, lanza una mirada todavía más severa y la Guardia francesa presenta armas de manera informal.

Provoa un sentimiento de inquietud y extrañeza estar despierto a esta hora en que los espíritus van y vienen, cuando las cosas muertas cobran vida. Siento un ligero escalofrío, un bello rostro fatigado se inclina hacia mí con expresión amorosa, hay dulces palabras en sus labios buenos y piadosos, entona una canción.

¡Handcha! mi segunda madre, mi buena nodriza ¿dónde estás, donde está la afectuosa mirada de tus azules ojos?

¿Dónde está el sonido de tu voz que puede despertar alegrías y aplacar los sufrimientos? Una cruz de madera cubierta de musgo en el cementerio de una iglesia lejana, eso es todo lo que me ha quedado de ti, mi amada nodriza.

Y, sin embargo, estás aquí en esta hora bienaventurada, respiras en toda la belleza de tu juventud. Te veo sobre el diván turco cerca del suelo, tus pequeños pies en tus abigarradas botas, tu alta silueta envuelta en tu vestido Pechail de vivos colores, tu bordada blusa blanca, tu pañuelo atado con un leve nudo, tu cuello adornado de coral rojo. Cómo tu suave cabellera acaricia tu blanca frente, qué brillo profundo y melancólico en tu mirada.

Más tarde, vi tu rostro de madonna en la tribuna de la galería de Florencia, maravillosamente plasmado en la tela por la mano del maestro Rafael.

Me has amado y yo nunca pude olvidarte, como tampoco olvidé tus cantos, ni los cuentos que me contabas, y que aún

conservo en la memoria; y esos personajes a los que has dado vida como por encanto pasan ante mí, como envueltos en una tenue niebla.

El pícaro Iwanok y los judíos a los que tima, el mago Twardowski; el valeroso *tzarevitch* y el lobo con plumas. Hreju, envenenado por su mujer, el conde Potocki que vendió a los polacos, entregándolos a los moscovitas, y a quien los cantos populares denominan con un terrible sarcasmo como el bienhechor de la Pequeña-Rusia, el cosaco que lleva sus caballos al abrevadero y su novia con el rostro marcado por la viruela.

En ti viven mi patria y la vieja casa de mi padre, mi lengua materna. Has hundido tan profundamente en mi corazón el amor a nuestro pueblo, a nuestros campesinos, a los pacientes niños del este saludados por la primera aurora rica de promesas cuando caminan, silenciosos y en recogimiento, tras su carreta, por la llanura de Podolia o a través de los Cárpatos.

En esas semillas doradas maduran nuestras esperanzas, consoladores espíritus levitan sobre las tumbas de los héroes de la estepa y predicen un futuro que no es tan lejano. Sin embargo, la luna insiste en sus encantamientos, sus argentados velos hace tiempo que han caído sobre el rey y los cortinajes bordados en oro del baldaquino que rodean su trono, y están en este momento colgados del pequeño mapa del pálido cielo que está allí, en la pared. La escritura casi ilegible brilla de nuevo. Casi sin pensarlo, mi mirada cae sobre el mapa verde pintado en cuero que se encuentra ante mí sobre la mesa. El cortapapeles hace un ruido apagado. La pequeña cabeza de marfil que representa la muerte mueve sus pálidos labios. ¿De qué me habla? Como por un golpe de varita mágica, me encuentro en otro territorio.

Se trata de un alta y vasta mansión cuyas paredes están cubiertas de libros hasta el techo, y que forman en los corre-

dores sombríos, algo así como íntimos y secretos rincones. En torno, puedo ver enormes globos y toda clase de mapas suspendidos de clavos brillantes, un esqueleto humano reproduce una mueca en un nicho oscuro. Hay allí dispuestos algunos telescopios y una máquina eléctrica. El sol penetra a través de los verdes cortinajes como por una vegetación misteriosa. Innumerables motas de polvo parecen danzar entre los rayos dorados. El sentimiento de vivir una especie de cuento de hadas se apodera de mí en esta pieza silenciosa donde, al mismo tiempo, reina una atmósfera sagrada y festiva que emana, abarcando la estancia por completo, un espíritu indagador que lucha por encontrar una verdad.

Un anciano se mueve tranquilamente entre los libros que brillan con todos los colores del arco iris, y un curioso petirrojo lo sigue cantando. El anciano viste con esmero, como si en cualquier momento tuviese que presentarse en la Corte. No se ve ni una mota de polvo en su amplia levita de un azul oscuro, el pañuelo que lleva al cuello despide un brillo nívco y rivaliza en blancura con sus tupidos y cortos cabellos, que contornean suavemente un rostro noble y bondadoso. Es un conocimiento bienhechor el que habita en esa frente alta, y no el conocimiento sin esperanza que tortura nuestros días; de sus ojos brillantes y cálidamente irresistibles emana una luz agradable y consoladora que alcanza a los hombres y las cosas que lo rodean. El petirrojo salta detrás de él, y yo siento el rumor de sus alas cuando pasa a través de los libros y se sube a lo alto de la biblioteca, para observarlo desde allí con sus ojos vivos y negros. No hay lugar en el mundo donde me pudiese sentir mejor que aquí, cerca de él, y donde tengo la impresión de estar encerrado en un gran libro. Después, el anciano se sienta conmigo al lado de la ventana, y mientras que el petirrojo deja oír su

hermoso y dulce canto desde el brazo del sillón forrado de cuero, abre uno de los grandes atlas, o un voluminoso libro con dorados en las cubiertas y hace desfilas ante mí la Creación y sus maravillas, las hazañas y las luchas de tiempos pasados, las estrellas y los cometas, los animales, las plantas, los minerales, las montañas escupiendo fuego, las tempestades marítimas, los emperadores y reyes, las ciudades, los palacios, las catedrales, las regiones extranjeras y los hombres.

Ocurría como si mi abuelo hubiese abierto una segunda arca de Noé, mucho más grande y más bella que con la que yo jugaba, con sus animales y hombres de madera, era un saco mágico de donde sacaba las cosas más singulares e increíbles. Poblaba la imaginación del niño con cuentos que no eran cuentos, con milagros que interpretaba con inteligencia, sembraba los gérmenes del espíritu, pero con su tranquila sonrisa sabía que muchos de entre ellos no nacerían nunca. Hojeaba los libros, mostraba y explicaba hasta que se abría la puerta y una venerable anciana entraba discretamente, con delantal de satín negro y cofia blanca. Su rostro con mil arrugas cuenta cosas tan bellas y extraordinarias que cada cual se siente obligado a tomarle afecto. Ella nos llama para el café del mediodía. El petirrojo se posa sobre su hombro, mi abuelo cierra el *in-folio*, se levanta y me coge de la mano.

Hace mucho tiempo de eso, pero recuerdo cada detalle y a veces ocurre que esas figuras que me son queridas me acompañan con sus miradas afectuosas durante toda la noche. Entonces, el petirrojo, al que no oigo desde hace tanto tiempo, se pone a cantar.

Los armarios, los cortinajes y la armadura se callan un momento, después el sólido escritorio de nogal oscuro deja oír un ligero estremecimiento. Mi padre tenía por costumbre

sentarse a esa mesa. La luna jugaba al mismo tiempo con el herbario que estaba sobre un mueble en la pieza contigua. Arrojaba gotas de luz sobre su lupa con montura de carey y rodeaba las dos figurillas de metal herrumbrado –Napoleón y Federico el Grande– con una aureola plateada. Permanecieron en otro momento en el escritorio que ocupaba la mitad de la pieza y estaban en buena compañía, en la de Goethe, Virgilio y Platón. En todas las vitrinas podían verse mariposas y coleópteros de todos los países, minerales, plantas, petrificaciones, piezas de moneda, antigüedades y, encima de los armarios, huesos de mamut y colmillos de elefantes. Las paredes estaban adornadas con armaduras, armas antiguas, banderas, grandes tapices gobelinos, pieles de osos y bellas pinturas. En un rincón, un muñeco de tamaño natural se mostraba amenazador con las ropas de Stolnuk, el jefe de los bandoleros que durante mucho tiempo mantuvo en vilo a la región de los Cárpatos, con la máscara de madera con que cubría su rostro y un hacha en la mano.

Por encima de él, colgado de una rama, un enorme búho disecado miraba con sus ojos de cristal amarillo.

Es ahí donde mi padre se sentaba cuando la gravedad de sus funciones, la lucha ininterrumpida contra los insurgentes polacos le dejaban una hora de libertad, sin preocuparse por aquellas amenazas de muerte que alguien había escrito y pegado en la puerta; ordenaba los tesoros que había encontrado en los bosques, en los campos, en los lagos y en las canteras de los alrededores de Lemberg. Sacaba los coleópteros de los tarros para fijarlos con un alfiler y los disponía, como soldados en orden de batalla, en cajas con fondo de corcho. Trabajaba las piedras con un martillo y pegaba las plantas secas y aplastadas en papel blanco.

Allí, había en un rincón una biblioteca pequeña, pero lo bastante grande como para contener el guardarropa de una

muñeca. Yo guardaba ahí mi colección de minerales, pues me interesaba mucho en las pequeñas piedras que caían al suelo bajo el martillo de mi padre y hacía, así, mi propia colección con un celo infantil.

Era raro que mi padre me dirigiese algunas palabras, pero a mí me gustaba estar a su lado y permanecía discreto como un pequeño ratón por temor a molestarlo.

Los años pasaron como una cortina agitada por el viento. Mi padre se encuentra de nuevo ante mí, pero esta vez en un bello jardín que recuerda un lugar salvaje y florido con terrados de árboles y flores en la elevación donde se encuentra el castillo de Graz. Viste un traje de suave lino, un sombrero de paja, tiene un cigarro en la boca y riega sus flores. Con los años se ha encorvado, aunque no mucho, en sus oscuros cabellos asoman algunas hebras plateadas, su rostro está bronceado y hay en sus ojos una expresión cálida y viva. Aún toma parte en todo aquello que agita el mundo y prosigue sus estudios. Sobre la mesa, esmeradamente pulida y cubierta en parte por las ramas de las lilas, hay un grueso cuaderno que él ha llenado de palabras y giros de la lengua inglesa y francesa, y, también, periódicos y libros. Ha caído la tarde, y, en cierto momento, algo se mueve entre los arbustos. Algunos gatos se acercan con tiernos maullidos: uno blanco, después otro negro y aún otro salpicado de manchas, a los que acostumbra alimentar y que vienen después de haber trepado por el muro vecino para recibir sus raciones. Enseguida, se deja ver el claro reflejo de las ropas femeninas que se desplazan a través de los verdes sarmientos: primero una, después otra y aún una tercera. Como a los gatos, a las bellas jóvenes de la vecindad les gusta venir a verle, pues, a pesar de sus setenta años, mi padre aún es el apuesto caballero de tiempos pasados. A éstas jóvenes se unen los muchachos que vienen a buscar opinión y consejos

del experimentado hombre de mundo, del personaje político y el erudito. Pronto se forma en torno a mi padre un círculo alegre y animado; después de algunas bromas, comienza a hablar de su vida, ese gran libro rico y plagado de sabiduría en el que todos nosotros hemos aprendido mucho más que en los libros escritos e impresos. Además, está su manera de contar... Su auditorio está pendiente de sus labios; como por un acto de magia convoca ante él hombres y cosas, el tiempo pasado cobra nueva vida, los muertos salen de sus tumbas, dispuestos a justificarse.

Una tarde distinta, en el mismo jardín, un anciano arregla las dalias mientras los rápidos pasos de alguien que se aproxima se dejan oír en el patio. Se trata de su hijo que abandonó la casa hace años para ir al extranjero y que, ahora, regresa inopinadamente. Entretanto, el hermano y la madre han muerto. El anciano está solo con sus flores y sus gatos. Lo ve venir, a él a quien no ve desde hace mucho tiempo, y a quien aún creía en el extranjero, y, cuando finalmente lo reconoce, su boca se crispa y se vuelve de espaldas para ocultar sus cálidas lágrimas.

Ese anciano es mi padre. Beso su mano, él baja la cabeza y mira, quizá sin darse cuenta, hacia el banco en el que se sentaba habitualmente con mi madre, hacia el zarzal de frambuesas al que todos contemplábamos como algo sagrado, porque era el único en el jardín y adorábamos sus frutos. Desde entonces nadie lo cuida y sus delgadas ramas están secas.

Todo está aún como en el momento en que yo me marché y, sin embargo, todo ha cambiado. La vida del hombre pasa como una sombra fugitiva, el tiempo se escapa y nosotros creemos haber soñado cuando volvemos a vernos años más tarde; sólo la naturaleza permanece igual, siempre tan joven y bella. En ese instante el viento sopla más fuerte a través de la

chimenea y hace tintinear la pequeña armadura. La luna, en su silencioso periplo, ha llegado hasta un pequeño saco bordado de escaques, que cuelga atado a la espada de la armadura.

El hechizador viento sopla y hace salir de la niebla plateada una nueva silueta.

¡Mi madre!

Está sentada allí, en el pequeño comedor, con la puerta abierta: calceta y sueña. ¿Quién le atribuiría un alma valerosa a esa mujer pequeña y frágil, de rostro delicado y pálido, de oscuros cabellos cuidadosamente separados por una raya? En torno a ella hay grabados en cobre y jaulas de pájaros. En la florida ventana, una enorme pajarera y en la pieza llena de olores y rayos de sol, se dejan oír cantos, silbidos, gorjeos, arrullos entremezclados. Cualquier pajarillo escapado de algún sitio, cualquier jilguero caído del nido encontraba siempre en ella un cálido asilo. Era tanto su amor maternal que el círculo de los suyos se había quedado pequeño para ella, proveía las necesidades de todos aquellos en los que veía brillar una chispa de vida. El sol da en la pieza y sobre su rostro, pero el suyo es interior, viene de su alma que es hoy aún más pura y juvenil que cuando enviaba a mi padre esas cartas, hoy amarillecidas, que desde entonces permanecen, con las flores secas y las cintas descoloridas, en la mesa sobre la que escribo.

Su vida ha sido una pérdida y un renunciamiento eternos, el peregrinaje no le ha resultado tan fácil como a otras de corazón seco. Ahora, ha abandonado su calceta y lee uno de esos gruesos volúmenes encuadernados en piel. Son las horas de recogimiento; de vez en cuando, levanta los ojos de las páginas impresas y mira hacia el jardín, las cimas verdes y serpenteantes, las flores y las viñas, los árboles cargados de albaricoques y melocotones, los estrechos senderos por donde

van, vienen y saltan los mirlos. Los conoce a todos y uno de ellos se deja ver todas las tardes sobre el tejado de la casa para cantarle su canción vespéral que suena como una oración, mi madre escucha con un recogimiento silencioso y sonrío. Desde hace años, ese mirlo aparece en el jardín hacia la misma hora y, cada primavera, la misma pareja de golondrinas regresa del sur para construir su nido en una tablilla clavada encima de la pequeña campana. Todos los años, los pequeños están colgados en buen orden del alambre, mientras los mayores les enseñan a volar y los adiestran para el gran viaje sobre el inmenso mar azul hacia el país de las pirámides. Después llega, por supuesto, el gato negro que salta sobre las rodillas de mi madre y frota su pequeña cabeza contra sus manos para, finalmente, ovillado sobre sí mismo descansar en la cesta.

Cae la tarde y el jardín no es más que una enorme masa sombría poblada de ligeros ruidos. Mi padre reaparece, los hijos vuelven a casa, alguno de sus amigos interviene en la conversación y las bellas jóvenes de la vecindad no se hacen esperar mucho tiempo. Mi madre se levanta para encender la lámpara central; de pronto todo es luminoso y acogedor, la mesa está puesta y una compañía extraña se encuentra reunida, los ancianos, el padre y la madre están sentados como si estuviesen en el verdor florido de un susurrante arroyo, sólo se ven rostros jóvenes, amistosos y felices de vivir en la pequeña pieza, tan pequeña que apenas nadie se mueve, encantadoras jóvenes, oficiales, estudiantes, jóvenes escritores y artistas, todo el mundo habla al mismo tiempo, sólo nuestro músico de largos cabellos se calla con obstinación, como de costumbre. Mi padre tiene a su viejo perro a sus pies, y cada uno de nosotros un gato sobre las rodillas. Las tórtolas duermen; el canario, con el pico cerrado; todos tienen la cabeza bajo el ala, y, cuando todo está silencioso, se deja oír el canto del grillo.

¡Amada casa de mis padres! Qué familiar me resultas, y acogedora, cuántas grandes ideas, cuántas maravillosas sensaciones han nacido aquí en este comedor, pequeño y sencillo, mi padre sonriendo delicadamente con aire comprensivo, mi madre con su sonrisa silenciosa y sibilina. ¿Dónde están, pues, todos los que hablaron aquí con tanta perspicacia y entusiasmo, aquellos que escucharon aquí con tanto fervor? Pienso en ese tiempo pasado como pienso en los cuentos, tengo la impresión de haberme perdido en un inmenso bosque sombrío y de oír sólo desde muy lejos el tañido de las campanas. El pequeño cesto en el que mi madre ha dejado sus ovillos de hacer punto está allí. De hecho, no es un pequeño cesto, sino una canasta. Cuando el gato negro, mi gracioso amigo, aún era muy pequeño, hizo de esa canasta su lecho, después, a medida que fue creciendo, mi buena madre adquiría para él cestos cada vez más grandes y eso continuó haciendo hasta que el cesto se convirtió en canasta.

Sin embargo, el michino sólo permanecía ahí cuando yo no estaba en casa. Apenas yo entraba en mi habitación, el gato ya estaba conmigo; se sentaba sobre mi escritorio con aire concentrado cuando yo leía o escribía, pero también tenía la ocurrencia de pasar sus patas de terciopelo sobre las páginas del libro o intentaba atrapar mi pluma; la tinta salpicaba entonces el papel. Yo le infligía una pequeña reprimenda y él se ocultaba en la ventana, detrás del verde cortinaje, me ponía mala cara pero aquello no duraba mucho tiempo, pues me quería con toda la ternura de la que es capaz un corazón de gato. En tanto que gato educado, no se preocupaba en absoluto de sus congéneres salvo en las noches de luna nueva, e, incluso entonces, regresaba a mí y mis libros, con un aire casi avergonzado después de un breve romance amoroso. ¿Pero, no he escuchado un maullido afectuoso?

¿Es tu espíritu quién se desplaza con sus patas de terciopelo a través de mi habitación? ¿No hay, aquí, muy cerca, un fulgor de piel brillante? No, es la luna que despliega sus bordados de plata sobre la magnífica piel extendida en el respaldo del diván, como si acabase de ser arrojada ahí, justo al lado de las pequeñas zapatillas de terciopelo, por una bella y altiva mujer.

Los amercillos llegan con un vuelo ligero, amueblan las paredes y despliegan tapices sobre las losetas. Súbitamente todo se metamorfosea, la mirada pasa a través de densos cortinajes verdes y recorre una pieza en la que reina un misterioso y perfumado claroscuro como un santuario amoroso. Los cuadros cuelgan de las paredes, una bella mujer está tendida sobre una enorme y mullida otomana y las pieles reales abrazan y acarician su cuerpo magnífico, el ojo está sumido en el sueño, la pálida mano se difumina en la nieve de armiño. La seductora imagen flota, se disuelve en un sueño y desaparece.

Todo está de nuevo silencioso y sombrío. Las nubes pasan sobre la luna y el viento enmudece, pero no por mucho tiempo. Se reanudan los susurros y murmullos y vuelven las caricias de plateado fulgor.

Una pequeña mesa cubierta de papeles y libros surge de la oscuridad, después una silla pequeña. La armadura resuena, el yelmo se mueve. Extrañas criaturas escapan de las calcomanías de colores, el archiduque Karl y los héroes de la batalla de Aspern en 1809, el enano Nase, Caperucita roja, Gulliver y el califa Cigüeña. Los batallones y escuadrones de soldados de cartón desfilan sobre las baldosas, se pasa revista nocturna a las tropas en miniatura. Se levanta el telón del pequeño teatro, la escena muestra la garganta de los lobos, Karl está ocupado en fundir las balas y Max aparece en lo alto de la roca.

Después, cae el telón y ya no puedo ver nada, las lágrimas resbalan por mis mejillas, dolorosas y dulces, aliviándome, procurándome un infinito alivio.

Dos brazos enlazan mi cuello y una voz indeciblemente querida, que hace mucho tiempo que no oigo, me dice al oído: ¡papá!

“¿Aleksandr?”

No hay respuesta.

“¿Estás ahí?”

Sí, estás cerca de mí, y aunque no pueda verte siento tu presencia. Quédate todavía un instante. No me atrevo a moverme para no asustar a esa delicada aparición. Aún está detrás de mí y el soplo del espíritu produce maravillas, imágenes de una felicidad perdida surgen del sueño, la argentada niebla adquiere forma ante mí.

Es de noche y el silencio reina en toda la casa, sólo el balancín del viejo péndulo va y viene, infatigablemente, como la rueda de un molino. Después, se mueve y me despierto. Me acerco suavemente a la pequeña cuna en la que duerme un niño, pálido y rosa, bello como un ángel y, en el momento en que me inclino sobre él, abre los ojos, dos grandes ojos, azules y asombrados, que arrojan sobre el mundo una mirada de piadosa perplejidad y le envían al mismo tiempo una luz celeste. Me mira, sonrío, vuelve a respirar hondamente y se duerme.

Unos zapatos con largos cordones, los que ponía por primera vez... Ellas también se ponían a contar, hablaban de las horas soleadas cuando él estaba en un rincón, con la mirada burlona fija en su madre, joven y en la flor de la vida. Se arrodillaba ante él, con una mano levantada bromeando una amenaza, y uno y dos y tres –decía él– intentando algunos pasos torpes para caerse riendo en sus brazos. Finalmente, un maravilloso mediodía y cuando yo estaba sentado a mi

escritorio, se abrió la puerta y, por primera vez, el jovencito entró en la pieza dubitativo y con gran precaución, manteniéndose sobre sus pequeñas piernas de firmes pantorrillas. Aún dio algunos pasos inseguros, prudentemente acompañado por su madre, que, orgullosa, lo seguía con los brazos tendidos, pero consiguió recorrer solo el camino hasta mí, un verdadero viaje para él. Todavía un paso más y estaba allí, lo puse sobre mis rodillas y mientras lo cubría de besos, su risa se hizo sonora como el canto de la alondra a través de la estancia, turbando la paz de los viejos libros amarillecidos con lomo de piel que había en la pared.

Los días, los años pasan como las nubes pasan en el cielo, —ora ligeras y doradas, ora pesadas y oscuras— y llegó un día en que él y yo nos separamos. Su madre vive lejos, en el extranjero, y nuestros corazones se han unido uno al otro aún más firmemente, de manera todavía más íntima. Cómo es posible que viva sin mí y yo sin él; y, sin embargo, es necesario que sea así, pues el hombre puede soportar y esperar pacientemente aquéllo que no es capaz de conseguir, aquéllo que no comprende y no comprenderá nunca.

Aún es mío, respira y yo clavo mi mirada en la suya y él en la mía. La lámpara está encendida, la pluma traza sobre el papel signos mágicos, como de brujería, y él permanece a mi lado, con su brazo bajo el mío, mira en mi dirección. El reloj de péndulo anuncia en ese momento que es para él la hora de acostarse. Es un niño de gran belleza, sólido, de rasgos graves y viriles, pero sus ojos son los mismos: luminarias celestes, puros, buenos, colmados de soñador entusiasmo. En este momento estoy sentado cerca de él, al borde de la cama, le cuento las aventuras de Ulises, le hablo de Ricardo Corazón de león, de la muerte de Siegfried y de la venganza de Kriemhilde hasta que vuelve su rostro contra la pared y dice en voz baja su oración de la noche. Después, me rodea

con sus brazos, me da un beso: buenas noches papá, voy a soñar con los ángeles.

El hermoso sueño se desvanece, y otra vez estoy solo.

Y ahora, duermes lejos de mí, amado hijo, ahí donde nadie cuenta historias y es de noche, ahí donde antes el cielo brillaba en tus ojos. Las estrellas se han apagado para siempre. Buenas noches, buenas noches.

Así cuentan y cuentan, los últimos amigos del solitario, le presentan al alma como por un acto de magia las imágenes y siluetas queridas, cuentan los días de la juventud, las alegrías hace tiempo marchitas, las esperanzas que se convirtieron en ceniza, las creencias desvanecidas y la perdida felicidad.

Él ya no se siente abandonado, ya no se siente solo, el jardín del Edén está allí, lejano; el puente de oro que lleva hasta él se ha derrumbado para siempre, pero su mirada aún puede alcanzarlo, los campos verdes del más allá, los árboles de los cuentos de hadas en los que habita la luz eterna. En mi recuerdo, ha permanecido como una felicidad oculta, silenciosa y melancólica.

Aún pasa un último murmullo a través de la noche piadosa y solemne, después las voces queridas y amigas se callan y la luna desaparece.

Tengo la impresión de que en esa lejanía discurre una alegre *troupe* o ronada de flores y cantando, niños que ríen, hermosas jóvenes, mujeres, muchachos, con el corazón desbordante de valor y esperanza. A su alrededor las golondrinas lanzan sus trinos; en torno a ti, sin embargo, es el invierno, la noche, el silencio.

Buenas noches, mis queridos espíritus, buenas noches, mis últimos amigos.



Nota de los editores

En la traducción castellana de los *Escritos autobiográficos*, de Leopold von Sacher-Masoch, se ha respetado la particular grafía del autor en las palabras “germanizadas”, sobre todo en aquellas de origen polaco o derivadas de ese idioma. Así, por ejemplo, se ha mantenido Wieliczca por Wieliczka, Pototzki por Potocki, etc.



